

**PRIMER ACTO**

*La casa modesta de un obrero: una mesa en el centro, una cama, un armario en un lateral, un aparador, un frigorífico, una cocina de gas y dos bombonas de soldadura autógena. Entra ANTONIA seguida por MARGARITA. Vienen cargadas de bolsas repletas de comida. Las dejan sobre la mesa.*

ANTONIA. —Ay. Margarita, hija, menos mal que me has ayudado.

MARGARITA. —¿De dónde has sacado el dinero para comprar tanta comida?

ANTONIA. —Ya te he dicho que me ha tocado todo con los cupones hogar..., y además, en el detergente me he encontrado una moneda de oro.

MARGARITA. —Ya. ¡Conque monedas de oro!

ANTONIA. —¿No me crees?

MARGARITA. —No. ¡Hasta luego!

ANTONIA. —No, espera, que te cuanto la verdad, Pero antes cierra la puerta.

MARGARITA. —(Cierra) Adelante, cuenta.

ANTONIA. —Bueno, pues resulta que fui al supermercado, y me lo encontré lleno de mujeres, que armaban una gresca tremenda por la subida de los precios. Y el director, para calmarlas "Yo no puedo hacer nada", decía, "la dirección establece los precios, y ha decidido subirlos". "¿Con qué permiso?", le preguntaron. "Con el Permiso de nadie, porque es legal. ¡Libre comercio, libre competencia!", "¿Libre competencia con quién? ¿Con nosotras? ¿Y tenemos que aguantarnos siempre? ¿La bolsa o la vida, eh?". "¡Bandidos, sinvergüenzas", grité yo entonces, y me escondí en seguida.

MARGARITA. —Bien hecho.

ANTONIA. —Entonces, una mujer dijo "¡Ya está bien! Ahora los precios los fijamos nosotras, y pagamos lo mismo que el año pasado. ¡Y como os pongáis

ANTONIA. —Entonces, una mujer dijo "¡Ya está bien! Ahora los precios los fijamos nosotras, y pagamos lo mismo que el año pasado. ¡Y como os pongáis chulos, hacemos la compra gratis! ¿Está claro? ¡Pues no se hable más!". Si hubieras visto al director... se puso blanco como una sábana. "¡Estáis locas! ¡Voy a llamar a la policía", y se lanzó a llamar como una flecha, pero alguien había cortado el cable del teléfono. "Con permiso, déjenme pasar, tengo que ir a mi oficina, con permiso", decía, pero no podía pasar, porque todas las mujeres le rodeaban. Entonces empezó a empujar, y una mujer fingió que la había hecho daño, y se cayó al suelo redonda.

MARGARITA. —¡Qué bonito!

ANTONIA. —"¡Cobarde", gritó una mujerona, "ha atacado a esa pobre mujer que a lo mejor hasta estaba embarazada. ¡Como pierda el niño, te vas a enterar! ¡A la cárcel vas a ir, asesino!" Y luego todas juntas: "¡Infanticida!".

MARGARITA. —¿Cómo acabó la cosa?

ANTONIA. —Pues que el director se asustó, y pagamos lo que habíamos decidido. La verdad es que alguna se pasó un poco, y dejó fiado sin dar su nombre. "Que no, que no me fío de usted y no le dejen mi nombre, que es usted capaz de denunciarme... Tiene que fiarse, querido director. La confianza es el alma del comercio. ¿No lo dicen siempre ustedes? Así que, adiós muy buenas, y que le aproveche la confianza". "¡Que viene la poli!" grito entonces alguien. Era una falsa alarma, pero salimos todas corriendo... unas tiraban las bolsas al suelo, otras lloraban del susto... "¡Calma, calma!", empezaron a gritar unos obreros que venían de una fábrica cercana... "¿A qué viene tanto miedo de la policía? Estáis en vuestro derecho de pagar lo que es justo. Esto es como una huelga, pero mejor, porque en las huelgas siempre acabamos perdiendo la paga, y en ésta quien pierde es el patrón... Es más, no paguéis nada, por todo el dinero que nos han estado robando en todos los años que llevamos comprando aquí." Entonces ya me lo pensé mejor, y volví a hacer la compra entera. "¡Aquí no paga nadie", gritaba, y las demás igual. "¡Aquí no paga nadie!". En eso llegó de verdad la policía, pero nadie salió corriendo. Nos temblaban las piernas, pero nos quedamos firmes, así que al vernos salir tan plantadas, con cara de honradas, llenas de bolsas y armando escándalo, los policías no entendían nada. "Por fin habéis llegado; entrad y detened a esos acaparadores", les gritamos mientras nos íbamos hacia el autobús, con los obreros formando un cordón.

MARGARITA. —¡Qué maravilla!

ANTONIA. —Pues sí, fue muy bonito, porque estábamos todos juntos, mujeres y hombres, haciendo algo justo y muy valiente, contra los patronos. ¡Vaya susto que les hemos dado! Figúrate que en algún supermercado ya han bajado los precios.

MARGARITA. —Habéis hecho divinamente. ¿Pero qué piensas contarle a tu marido, el cuento de los cupones?

ANTONIA. —¿No se lo va a creer, verdad?

MARGARITA. —Me temo que no.

ANTONIA. —Sí, puede que sea un poco fuerte. Uy ése, con lo legal que es, menudo número me monta. Y para colmo, hoy me he gastado el poco dinero que me quedaba, y mañana no podré pagar ni el gas, ni la luz. Del alquiler ya ni me preocupo, debo cuatro meses...

MARGARITA. —Yo tampoco tengo un céntimo, y llevo cinco meses sin pagar el alquiler. Y encima no he hecho la compra como tú...

ANTONIA. —Todo esto tiene que desaparecer Y tú hazme el favor de llevarte parte de la comida.

MARGARITA. —No, gracias, no quiero... Además, ya te he dicho que no tengo dinero.

ANTONIA. —No digas tonterías. ¡Si es comida regalada! Anda, llévatela.

MARGARITA. —¿Y qué le cuento a Luis? "Es comida medio robada, ¿sabes?" ¡Ése me mata!

ANTONIA. —El mío no me mata porque lo prohíbe la ley, pero me agota con sus historias: que si el nombre mancillado, que si "¡antes morir de hambre que ir contra la ley! Yo lo he pagado siempre todo...; pobre, pero honrado...; quiero llevar la cabeza bien alta...", y venga a machacarme hasta que no pueda más, Pero, ¿qué es esto? ¿Carne compuesta para perros y gatos? ¡Fíjate! (*Le pasa una lata.*)

MARGARITA. —(*Lee.*) "Alimento completo equilibrado y natural para perros exigentes". ¿Por qué la cogiste?

ANTONIA. —No, sé, seguro que con tanto lío cogí lo primero que pillé... ¡Pues mira esto! Alpiste compuesto para canarios.

Menos mal que no lo he pagado, que si no me daba algo... ¿Y esto? ¡Cabezas de conejo congeladas!

MARGARITA. —¿Qué dices?

ANTONIA. —Mira aquí lo que pone. "Para completar el alimento de vuestros cachorros, diez cabezas, doscientas liras".

MARGARITA. —¿No querrás que me lleve esa porquería?

ANTONIA. —No, si a mí las cabezas me encantan, son una exquisitez. Tú es que no entiendes. Anda, llévate lo normal: aceite, arroz... Como tu marido tiene turno de noche te sobra tiempo para esconderlo todo.

MARGARITA. —¿Y si viene la policía a registrar por casa?

ANTONIA. —No digas tonterías, Margarita, Si estaba el barrio entero en el super... Aquí lo menos hay diez mil familias... ¡no nos van a registrar a todos, mujer! (*Se asoma a la ventana.*) ¡Cielos, mi marido! Anda, coge todo esto, guárdatelo debajo del abrigo y vete. No, no me ayudes, ya me arreglo sola; tú espabila y esconde lo tuyo. (*MARGARITA se coloca rápidamente los paquetes debajo del abrigo, mientras ANTONIA guarda el resto debajo de la cama. Sólo deja fuera la comida para animales.*) ¡Vete, vete! (*Entra JUAN, que se cruza con MARGARITA en la puerta.*)

MARGARITA. —Hola, Juan.

JUAN. —Hola, Margarita, ¿qué tal?

MARGARITA. —Bien, gracias. Adiós, Antonia; nos vemos.

ANTONIA. —Sí, sí; recuerdos a Luis. (*JUAN está perplejo observando a MARGARITA que se va. ANTONIA coge la bolsa del alpiste y la deja en el aparador.*) Pero Juan, ¿qué haces ahí como una estatua? Ya era hora de que volvieras, ¿Dónde has estado hasta ahora? (*Prepara la mesa para la cena.*)

JUAN. —¿Qué le pasa a Margarita?

ANTONIA. —¿Qué le pasa de qué?

JUAN. —Pues que está muy hinchada por delante... que tiene una barriga tremenda.

ANTONIA. —Y qué. ¿Es la primera vez que ves a una mujer casada con barriga?

JUAN. —¿Quieres decir... que está embarazada?

ANTONIA.— Es lo menos que puede pasarle a una si hace el amor.

JUAN.— Pero, ¿de cuánto está? El domingo pasado la vi y no me pareció.

ANTONIA. —¿Qué sabrás tú de mujeres? Además, desde el domingo ya ha pasado una semana, y estas cosas, ya se sabe... (*Se ocupa de mil cosas para disimular.*)

JUAN. —Oye, que no soy tan tonto. Y, además, su marido no me ha dicho nada.

ANTONIA. —Hay cosas que no apetece ir contando por ahí.

JUAN. —¿Qué dices? ¿No le apetece decir que su mujer está embarazada? ¿Es que ahora tener un hijo va a ser una vergüenza?

ANTONIA. —A lo mejor no lo sabe, y entonces, ¿cómo te lo va a contar?

JUAN. —¿Cómo que aún no lo sabe?

MARGARITA. —Pues sí, está claro que ella no ha querido decírselo.

JUAN. —¿Por qué?

ANTONIA. —Luis siempre le está diciendo a Margarita que aún es pronto, que con esto de la crisis, que si se queda en estado la van a despedir del trabajo... Por eso le hacía tomarse la píldora.

JUAN. —Pues si le hacía tomarse la píldora, ¿cómo es que se ha quedado embarazada?

ANTONIA. —Pues será que no le ha hecho efecto. A veces pasa.

LUIS. —Pues si pasa, ¿por qué se lo oculta a su marido? ¿Él qué culpa tiene?

ANTONIA. —A lo mejor la píldora no le ha hecho efecto porque no la tomaba. Y si una no toma la píldora, puede ocurrir que no le haga efecto.

LUIS. —Pero, ¿qué dices?

ANTONIA. —Margarita es muy católica, sabes, y como el Papa ha dicho que la píldora es pecado mortal...

LUIS. —¿Te has vuelto loca? ¿La píldora que no hace efecto porque no la tomaba, el Papa, ella con una barriga de nueve meses, y el marido que ni se da cuenta?

ANTONIA. —¿Cómo iba a darse cuenta si ella se vendaba?

LUIS. —¿Cómo que se vendaba?

ANTONIA. —Sí, se apretaba muy fuerte, con muchas vendas, para no llamar la atención, Y precisamente hoy le he dicho: "Tú estás loca, Margarita; es que quieres perder el niño, lo vas a asfixiar. Desvéndate enseguida, ¿qué te importa que te despidan? ¡El niño es lo primero!". ¿He hecho bien?

JUAN. —Muy bien, sí, muy bien, Antonia.

ANTONIA. —Así que por fin se ha desvendado, y ¡zas!, la barriga al aire. Y además le he dicho. "Si tu marido se pone muy pesado, dile que venga a mi casa, que mi Juan le dirá cuatro verdades bien dichas". ¿He hecho bien?

JUAN. —Claro que sí.

ANTONIA. —¿De verdad?

JUAN. —¡Que sí, que sí!

ANTONIA. —Uy, hijo, ¿te pasa algo conmigo? A ver, habla: ¿qué te he hecho yo?

JUAN. —No me pasa nada contigo; es por lo de la fábrica.

ANTONIA. —¿Qué ha ocurrido?

JUAN. —Pues que a mediodía hemos bajado a comer, y cuatro o cinco locos han empezado a armar follón con la comida: que si era una mierda, que si eran sobras...

ANTONIA. —¿Y en cambio estaba exquisita, verdad?

JUAN. —Claro que no: daba asco, Pero no hacía falta juntarse todos para armar esa bronca!

ANTONIA. —Cómo que todos... ¡si has dicho que eran cuatro o cinco!

JUAN. —Al principio; pero luego se fueron añadiendo los demás... Comieron y se fueron sin pagar.

ANTONIA. —¿También ellos?

JUAN. —¿Cómo que también ellos?

ANTONIA. —Quiero decir que no solo esos cuatro o cinco..., que los demás también.

JUAN. —Sí, hasta los del comité de empresa, que deberían dar ejemplo, y no juntarse con extremistas.

ANTONIA. —¡Faltaría más!

JUAN. —Y no acaba ahí la historia. Figúrate que al volver a casa he pasado por un supermercado, y un montón de mujeres salían gritando, llenas de bolsas, y resulta que lo habían cogido todo pagando lo que habían querido. ¿Qué te parece?

ANTONIA. —¡Qué barbaridad! ¿También ellas?

JUAN. —¿Cómo que también ellas?

ANTONIA. —Quiero decir, como esos locos de tu fábrica.

JUAN. —Pues sí, también ellas. Y hasta maltrataron al encargado.

ANTONIA. —¿Qué encargado? ¿El del super o el del comedor?

JUAN. —¡A los dos!

ANTONIA. —Qué horror. No me lo puedo creer.

JUAN. —Ni Yo. Eso es hacerle el juego a los patronos, para que luego puedan acusarnos de robar, y llamarnos sinvergüenzas...

ANTONIA. —¿Qué tiene que ver con los obreros? En el super eran las mujeres las que se llevaban la comida, ¿no?

JUAN. —Sí, pero luego en casa sus hombres disimulan. A lo mejor hasta les dicen que han hecho bien, en lugar de romperles las latas en la cabeza una a una.

Porque te advierto, no se te ocurra hacer nada semejante, porque como me entere de que has robado algo en el supermercado, o simplemente que has pagado menos, aunque sea una lata de anchoas, yo... yo...

ANTONIA —Tú me la haces tragar con llave y todo, ya lo sé.

JUAN.—No, peor aún: Me voy de esta casa, hago la maleta y no me vuelves a ver. No, mejor, primero te mato y luego pido el divorcio.

ANTONIA. —Pues ya puedes irte yendo, y sin divorcio. ¡Cómo te atreves a insinuar que yo...! Mira, yo antes de traer a casa comida sin pagar lo que diga la ley, ¡te dejo morir de hambre!

JUAN. —Eso es, lo prefiero. A propósito de hambre: ¿qué hay de cena? Con el lío de la fábrica, hoy no he comido. ¿Qué se come?

ANTONIA. —¡Esto! (*Deja con fuerza en la mesa dos latas de comida para animales.*)

JUAN. —¿Qué es?

ANTONIA. —¿No sabes leer? Carne compuesta para perros exigentes.

JUAN. —¿Cómo?

ANTONIA. —Está riquísima.

JUAN, —¡Estará riquísima para los perros!

ANTONIA. —No había otra cosa, y además es barata, muy nutritiva y llena de proteínas. ¡Exquisita! Mira, aquí lo pone.

JUAN. —Cómetela tú, si tanto te gusta. Yo prefiero un vaso de leche, sin más.

JUAN. —Cómetela tú, si tanto te gusta. Yo prefiero un vaso de leche, sin más.

ANTONIA. —Sin más y sin menos, porque no hay.

JUAN. —¿Cómo que no hay?

ANTONIA. —¿No lo sabes? Esta mañana llegó el camión de la leche, y se corrió la voz de que la habían vuelto a subir Entonces unos locos se subieron al camión y la repartieron a cien liras el litro. ¿Pretendes que yo bajara a comprar leche a ese precio? ¿Leche medio robada? ¿Lo habrías hecho tú? ¿Y te la habrías tomado?

JUAN. —Claro que no.

ANTONIA. Muy bien. Entonces no te la tomes.

JUAN. —¿No hay otra cosa?

ANTONIA. —Puedo hacerte una sopita

JUAN. —¿De qué?

ANTONIA. —De alpiste para canarios.

JUAN. —¿Alpiste... para canarios?

ANTONIA. —Es estupendo para la diabetes.

JUAN. —¡Pero si yo no tengo diabetes!

ANTONIA. —Yo no tengo la culpa de que aun no la tengas, vale la mitad que el arroz. Además, ya no quedaba arroz. Por eso he traído alpiste.

JUAN. —Oye, ya está bien. Primero me tratas como a un perro, y ahora como a un canario.

ANTONIA. —Si está muy bueno, tonto. El secreto está en el caldo. Por eso he comprado cabezas de conejo. La sopa de alpiste se hace con cabezas de conejo congeladas. ¡Si es que no sabes nada!

JUAN. —Sí, sí, está clarísimo. ¡Hasta luego!

ANTONIA. —¿Dónde vas?

JUAN. —¿Dónde quieres que vaya: a cualquier cafetería.

ANTONIA. —¿Con qué dinero?

JUAN. —Ah, claro, dame el dinero.

ANTONIA. —¿Qué dinero?

JUAN. —¡No se te habrá acabado ya!

ANTONIA. —No, pero ¿has olvidado que mañana hay que pagar la luz, el gas y el alquiler? ¿O quieres que nos desahucien y nos corten la luz y el gas?

JUAN. —No. No. Eso no.

ANTONIA. —Pues entonces, nada de cafeterías. Pero no te preocupes, que ahora mismo lo arreglo. (*Se pone el abrigo*)

JUAN. —¿Dónde vas?

ANTONIA. —A casa de Margarita, que precisamente ha hecho hoy la compra, para que me preste algo. Tú tranquilo, que no tardo nada. Mientras, lee el periódico o mira la tele, que ya saldrá algún ministro hablando de la crisis, que tenemos que ayudarnos todos, ricos y pobres,

apretarnos el cinturón y tener paciencia, comprensión y confianza en el gobierno y en la televisión. Y mientras, tú tienes confianza, yo vuelvo en seguida.

JUAN. —Pero sin cabezas de conejo, por lo que más quieras.

ANTONIA. —Tranquilo, que esta vez me traigo las patas. (*Sale*).

JUAN. —Muy graciosa, con el hambre que tengo. (*Coge una lata y lee.*) "Un manjar exquisito para vuestro mejor amigo". Voy a probarlo. ¿Cómo se abre? Se le habrá olvidado pedir la llave, como siempre. Ah, no, es, de rosca. Para perros exigentes las hacen de rosca. (*Abre la lata.*) Ya está. Pues no huele mal. Huele a mermelada en vinagre con un toque de riñones al jerez, aderezado con un chorrito de aceite de hígado de bacalao. ¡Qué rico! Le voy a poner unas gotas de limón, por el cólera. (*Se oye la sirena de la policía; gritos y órdenes militares.*) ¿Qué será ese escándalo? (*Se asoma a la ventana y hace señas a alguien de la casa de enfrente.*) ¡Aldo! ¡Eh, Aldo! ¿Qué pasa?... Sí, ya veo que es la policía... ¿Qué quieren? ¿Qué barbaridad, cuántas furgonetas! ¿Cómo? ¿Qué dices del supermercado?... ¿Aquí también? ¿En el del barrio? ¿Cuándo ha sido? ¿Hoy?... ¿Pero quién?... ¿Todas? ¿Cómo que todas?... ¿Mil mujeres? ¡No exageres!... No, la mía seguro que no. Ella es incapaz de hacer eso. Antes me pone cabezas de conejo para cenar..., ¡sí, congeladas! Y, además, hoy no ha salido de casa, porque ha tenido que desvendar a una amiga suya... Sí, porque su marido no quiere que se quede embarazada. Pero ella le ha hecho caso al Papa y la píldora no le ha hecho efecto, así que en una semana se ha hinchado muchísimo... ¡Si la vieras!... ¿Cómo que no entiendes nada? Pues está clarísimo. (*Mira hacia la calle. Vuelven a oírse órdenes y gritos de la gente.*) ¡Pero esto es un auténtico asalto ¿Es que piensan ir de casa en casa? Pues como vengan aquí se van a enterar, porque esto es una verdadera provocación. (*Llaman a la puerta*)

JUAN.— ¿Quién es?

VOZ. —Abra. Policía.

JUAN. —(*Abre.*) ¿Policía? ¿Y qué quiere?

INSPECTOR. —(*Entrando.*) Registro. Aquí está la orden. Registro en toda la casa.

JUAN. —¿Y qué buscan?

INSPECTOR. —Oiga, no se haga el tonto. Buscamos la mercancía robada, o, si prefiere, la mercancía retirada a precio fuertemente rebajado del supermercado del barrio.

JUAN. —¿Y vienen a buscarla a mi casa? Eso es como llamarme ladrón.

INSPECTOR. —Tómeselo como quiera. Yo no tengo que ver. He recibido órdenes y tengo que cumplirlas.

JUAN. —Pues cumpla, cumpla. Oiga, le advierto que esto es una provocación, o, peor aún, ¡una tomadura de pelo! Vienen a reírse de nosotros, después de dejarnos morir de hambre. Mire, mire lo que tengo hoy Para cenar: papilla equilibrada para perros exigentes.

INSPECTOR. —¿Cómo?

JUAN. —Huela, huela esta porquería... ¿Y sabe por qué? Porque todo cuesta un riñón... o mejor dicho, una cabeza... ¡de conejo! (*Le pone bajo la nariz las cabezas congeladas*)

INSPECTOR. —¿Usted se come eso?

JUAN. —Qué remedio. No está tan mal, ¿sabe? ¿Le apetece? ¡Oiga, sin cumplidos! Unas gotas de limón, y se traga como mierda de gato. Pruébelo, es buenísimo para la diabetes.

INSPECTOR. —No, gracias, nunca vomito antes de las comidas.

JUAN. —¿Prefiere una sopita de alpiste para canarios?

INSPECTOR. —¿Me está tomando el pelo?

JUAN. —Ni hablar. Mire, aquí está. Se lo toma, y luego canta que da gusto. ¡Pío, pío! Además, ya no necesitará helicóptero para las manifestaciones.

INSPECTOR. —La verdad es que me dan lástima. Claro que también nosotros, no crea, con el sueldo que nos dan... Mi mujer, la pobre, las pasa moradas. Y eso que yo como en la comisaría. Mire, yo le comprendo, y también a esas mujeres del supermercado. Llevan razón, ¡Contra el hurto no hay más defensa que el asalto!

JUAN. —¿Qué quiere decir?

INSPECTOR. —Pues sí, así no se puede seguir. Usted no me creará, pero para mí es un mal trago venir aquí, a efectuar esta cabronada de registro. ¿Y para quién, además? Para unos cerdos especuladores que estafan, timan y roban... ¡Ellos sí que roban!

JUAN. —Oiga, inspector... ¿Es usted inspector, verdad?

INSPECTOR. —Sí.

JUAN. —¿De policía, verdad?

INSPECTOR. —Claro.

JUAN. —¿No le da vergüenza decir esas cosas? ¡Un policía, vamos, lo que hay que oír! Parece usted extremista.

INSPECTOR. —Qué va; lo que ocurre es que yo pienso mucho las cosas. Y además me cabreo, porque tenéis que dejar ya de vernos como a una panda de cretinos analfabetos, que se mueven a toque de silbato "A las órdenes, a saltar, ladrar, morder", ¡como si fuéramos perros guardianes! Y ojo con hablar, con discutir... no hay que expresar ideas propias... ¡a callar!, ¡al suelo!

VOZ. —¡Inspector! ¿Dónde está, inspector?

INSPECTOR. —Aquí, en el segundo. Vosotros subid, a los otros pisos.

JUAN. —Bueno, en fin... yo creo, como el Partido, que también ustedes son hijos del pueblo, pero...

INSPECTOR. —De hijos del pueblo nada: perros guardianes es lo que somos; esbirros de los patronos, para hacer respetar sus leyes, sus follones, ¡y sus bombas!

JUAN. —Pues si piensa así, ¿por qué eligió esa profesión?

INSPECTOR. —¿Y quién elige? ¿Es que usted ha elegido comerse esa porquería para perros exigentes, las cabezas de conejo y el alpiste para canarios?

JUAN. —Claro que no. Es que no hay otra cosa.

INSPECTOR. —Pues para mí tampoco había otra cosa. O emigrar, o barrer las calles, o la policía. ¿Usted qué hubiera hecho?

JUAN. —Debe ser terrible. Pero la policía es necesaria, ¿no cree? Tiene que hacer cumplir la ley, o sería el caos.

INSPECTOR. —¿De veras? ¿Y si la ley sólo beneficia a los ricos? ¿Si es infame, si es una tapadera para el latrocinio a gran escala?

JUAN. —Pues entonces está el Parlamento, y los partidos. Los métodos de lucha democrática. Las leyes pueden reformarse, ¿sabe?

INSPECTOR. —¿Dónde se reforman? ¿Y qué se reforma? ¿Dónde están las reformas?

JUAN. —Eso es verdad.

INSPECTOR. —Mire, las únicas reformas serias, la gente tendrá que hacérselas por su cuenta. Porque mientras sigamos delegando, confiando, aguantando, teniendo paciencia, sentido de la responsabilidad, autocontrol, autodisciplina, etc... ¡aquí no se mueve nada! Y ahora perdone, pero tengo que seguir con mi trabajo.

JUAN. —¡Hombre, muy bien! Primero se pone en plan maoísta subversivo, y luego se coloca el sombrero, y hala, a registrar a los pobres.

INSPECTOR. —Tiene razón, no hago más que hablar. Me desahogo, y ya está. Está claro que aún me falta valor, y conciencia.

JUAN. —Sí, habla demasiado. Conque no pudo elegir... Pues tenía que haber emigrado. O barrer las calles. Por lo menos habría tenido más dignidad. En cambio, usted es de los que siempre tienen las excusas preparadas para no comprometerse. Y además, ¿sabe dónde estará usted mañana?

INSPECTOR. —No.

JUAN. —Yo se lo diré: ¡moliéndome a porrazos en el piquete de huelga!

INSPECTOR. —Es terrible, pero tiene razón. Pero no tiene por qué ser así, ¿sabe? Puede que un día de estos se entere de que unos policías se han negado a repartir hostias por cuenta de los patronos... ¡o que se han pasado al otro bando!

JUAN. —¡Vamos, inspector!

INSPECTOR. —Mire que el mundo está cambiando, y mucho. Adiós, y que le aproveche.

JUAN. —¿No pensará largarse sin efectuar el registro? Me está ofendiendo. Eche por lo menos un vistazo, no sé, debajo de la cama, en el armario...

INSPECTOR. —¿Para qué? ¿Para encontrar una lata de engrudo? No, gracias. Adiós. *(Sale.)*

JUAN. —Lo que me faltaba por ver... un policía maoísta. Antes me los encontraba fascistas, chulos, sádicos, y ahora... ¡Ahí es donde han ido a parar los extremistas de signo opuesto, a la policía! Pero a mí no me engaña, seguro que es un provocador. Ha venido a hacerme hablar, y si llego a picar, y le doy la razón, seguro que me dice: "Alto, Brigadas Rojas, queda detenido". ¿Pero qué se habrá creído, que soy gilipollas?. *(Entra ANTONIA con MARGARITA, que sigue con la tripa hinchada. MARGARITA se asoma a la puerta y retrocede de inmediato.)*

ANTONIA. —¿Han estado aquí?

JUAN. —¿Quiénes?

ANTONIA. —¿No te has enterado de que están registrando piso por piso?

JUAN. —Sí, ya lo sé.

ANTONIA. —Han detenido a los del bajo y a los del tercero. Han encontrado comida en muchas casas, y la han confiscado.

JUAN. —Muy bien, así aprenden.

ANTONIA. —Pero es que también se han llevado comida comprada normalmente.

JUAN. —Eso siempre pasa, Antonia. Cuando hay cretinos que se pasan de listos luego pagan los que no tienen nada que ver. Bueno, es un decir, porque aquí han venido y...

ANTONIA. —¿Que han venido? ¿Aquí?

JUAN. —Claro. Y les he dicho: Venga, venga, registren donde quieran, debajo de la cama, en el armario...

ANTONIA. —¿Y qué han encontrado?

JUAN. —¿Qué iban a encontrar?

ANTONIA. —No, nada... nunca se sabe... a lo mejor te crees que no tienes nada en casa, y en cambio...

JUAN. —¿En cambio, qué?

ANTONIA. —En cambio, te lo meten ellos, lo que están buscando, para comprometerte. No sería la primera vez. Al hijo de Rosa, la del quinto, sin ir más lejos, le hicieron un registro, y mientras tanto, zas, le metieron una pistola y un kilo de panfletos debajo de la cama.

JUAN. —¿Qué lista eres... ¿Así que vienen aquí a meternos arroz y azúcar debajo de la cama?

JUAN. —¿Qué lista eres... ¿Así que vienen aquí a meternos arroz y azúcar debajo de la cama?

ANTONIA. —Bueno, lo de la cama es un decir...

JUAN. —Pues claro que es un decir, pero puede que tengas razón, nunca se sabe... Voy a echar un vistazo.

ANTONIA. —¡No!

JUAN. —¿Cómo que no?

ANTONIA. —No toques mi colcha, que acabo de lavarla. Ya miro yo, deja. Ah, ahí está Margarita.

JUAN. —¿Dónde?

ANTONIA. —Ahí, detrás de la puerta. (*Finge mirar debajo de la cama.*) No hay nada.

JUAN. —Margarita, ¿qué haces ahí? Entra, mujer. (*Entra MARGARITA llorando.*) ¿Qué te pasa, por qué lloras?

ANTONIA. —La pobre estaba solita en su casa, y al ver entrar de golpe a tantas policías, se ha llevado un susto... Figúrate que un sargento, un grosero, quería palparle la tripa.

JUAN. —Vaya cabrón... ¿Y por qué?

ANTONIA. —¡Porque estaba empeñado en que en lugar del niño llevaba arroz y harina, figúrate!

JUAN. —¡Valiente hijo de puta!

ANTONIA. —Entonces yo le he dicho que se viniera a casa. ¿He hecho bien?

JUAN. —Muy bien, Antonia, muy bien. Quitale el abrigo a Margarita.

MARGARITA. —No, gracias.

JUAN. —No hagas cumplidos, mujer, quítatelo.

ANTONIA. —Déjale en paz. ¡Si ya te ha dicho que prefiere dejárselo! ¿y si tiene frío?

JUAN. —Aquí hace calor.

ANTONIA. —Hará calor para ti, pero para ella hace frío. Las mujeres en estado siempre tienen frío. A lo mejor hasta tiene fiebre.

JUAN. —¿Es que está enferma?

ANTONIA. —¡Claro, está de parto!

JUAN. —¿Ya?

ANTONIA. —¿Cómo que ya? ¿Y tú que sabes? Hace media hora ni siquiera sabías que estaba embarazada, y ahora te extraña que esté de parto.

JUAN. —Es que me parece, cómo diría..., algo prematuro.

ANTONIA. —Y dale. ¿Qué sabrás tú si es prematuro o no? ¿Es que vas a saber más que ella? Conque prematuro...

JUAN. —Pues si está de parto convendría llamar a un médico. O mejor a una ambulancia.

ANTONIA. —Vaya idea. Llamamos a una ambulancia, y nos recorremos todos los hospitales de Milán en busca de una cama libre. ¿Es que no sabes que los del Seguro tenemos que reservar cama lo menos con un mes de antelación?

JUAN. —¿Y por qué no lo ha hecho?

ANTONIA. —Eso, muy bien. Siempre tenemos que hacerlo todo nosotras: ¡quedarnos preñadas, parir, e incluso reservar la cama! ¿Y por qué no lo ha hecho su marido?

JUAN. —¡Pero si no lo sabía! ¿Qué tenía que hacer, figurárselo?

ANTONIA. —Vaya excusa. ¡Vosotros siempre tan cómodos! Nos dais el sobre con la nómina, y: "Ahora apáñate tú, querida". Hacéis el amor, porque vuestro desahogo es sagrado, y luego:

"Qué Sorpresa ¡Toma la píldora!", Y qué os importa si la pobre chica es católica ferviente. Y por las noches sueña con el

Papa, que le dice en polaco: "Estás pecando, debes procrear".

JUAN. —Al margen del Papa, que molesta hasta en sueños, y que no le basta con asomarse los domingos al balcón de San Pedro y a la tele para decir:

"Amaos... somos todos hijos de Dios, ricos y pobres..., ¡sobre todo los ricos!", te pregunto: cuándo se quedó en estado Margarita?

ANTONIA. —¿A tí qué te importa? ¡Y luego criticas al Papa!

JUAN. —Es que como sólo llevan casados cinco meses...

ANTONIA. —¿Y qué? ¿No pueden haber hecho el amor antes? Eres más papista que el Papa.

JUAN. —¡Pero si su marido me dijo que habían hecho el amor por primera vez después de casados!

MARGARITA. —¿Mi Luis te cuenta esas cosas? ¡Ay Dios mío!

ANTONIA. —¡Es increíble; va contando cosas tan íntimas al primero que se encuentra!

JUAN. —¡No soy el primero que se encuentra; soy su mejor amigo! Me pide siempre consejo, porque soy mayor que él y tengo más experiencia.

ANTONIA. —¡Lo que hay que oír! (*Llaman a la puerta*) ¿Quién es?

VOZ. —Policía. ¡Abran!

JUAN. —¿Otra vez?

MARGARITA. —¡Ay Dios mío!

JUAN. —(*Abre.*) Buenas noches..., ¿otra vez usted? (*Aparece el mismo actor que interpretaba al INSPECTOR, pero ahora viste el uniforme de los carabineros y lleva bigote.*)

BRIGADA. —¿Cómo que otra vez yo?

JUAN. —Usted perdona, le había tomado por el de antes.

BRIGADA. —¿Cuál de antes?

JUAN. —Un inspector de policía.

BRIGADA. —Pues yo soy brigada de carabineros,

JUAN. —Ya lo veo, y además lleva bigote. ¿Qué desea?

BRIGADA. —(*Entran dos carabineros tras él.*) Tengo que efectuar un registro.

JUAN. —Pero si ya lo han hecho hace un rato sus colegas de la policía.

BRIGADA. —No importa. Nosotros volvemos a hacerlo.

JUAN. —Ah, ya, no se fían, y por eso vuelven a ver si hemos hecho algún truco. Luego vendrán los de aduanas, después los servicios secretos, luego la marina, la infantería, los tanques, los paracaidistas..

BRIGADA. —Ya está bien. Quítese de en medio y déjenos trabajar. (*Va hacia la cama.*)

ANTONIA. —¡Pues claro, todos tienen que hacer su trabajo! Nosotras curramos ocho horas en la fábrica, tú ocho horas en la cadena de montaje, como animales, ¡y ellos trabajan para controlar que seamos sensatos y paguemos los precios que ellos quieran! (*Los carabineros abren el armario y el aparador.*) ¿A que no controlan nunca que los patronos respeten los contratos, que no nos estrangulen con el destajo, que apliquen el reglamento de previsión de accidentes, que no alcen los precios, que no nos desahucien? (*El BRIGADA prosigue su trabajo impasible*)

JUAN. —No digas eso, que a ellos tampoco les gusta hacerlo. ¿Verdad, brigada, que lo pasa fatal haciendo registros por cuenta de los patronos?. Dígaselo a mi mujer, que ustedes también están hartos de que les manden a golpe de silbato! "¡A sus órdenes! Ladrar, morder como perros guardianes! Y ojo con discutir ¡Al suelo!". Así que no todos son iguales.

BRIGADA. —Oiga, ¿qué es eso de perros guardianes?

JUAN. —Sí, decía que ustedes no son hijos del pueblo, como dice el Partido, sino perros guardianes, esbirros de los patronos.

BRIGADA. —(*A los otros dos.*) Esposadle.

JUAN. —¿Y eso por qué?

BRIGADA. —Por ofensa e insultos a oficial público.

JUAN. —¿Qué insultos? Si eso no lo he dicho yo, lo dijo hace un rato ese colega suyo de la policía. Dijo que se sentían ustedes como perros guardianes.

BRIGADA. —¿Quien, nosotros los carabineros?

JUAN. —No, él se refería a ustedes, es decir a ellos, los de la policía.

BRIGADA. —Ah, bueno; si los de la policía se sienten perros, allá ellos. Pero cuidado con lo que habla.

JUAN. —Hay que ver lo separados que están estos cuerpos separados... (*Los carabineros siguen con el registro; se acercan a la cama.*)



ANTONIA. —(A MARGARITA.) Quéjate, llora.

MARGARITA. —¡Auuuuuuuu!

ANTONIA. —Más fuerte.

MARGARITA. —¡Ayyyyyy! ¡Auuuuuuu!

BRIGADA. —¿Qué le ocurre?

ANTONIA. —La pobre está de parto.

JUAN. —Parto prematuro, de cinco meses.

ANTONIA. —Es que hace un rato tuvo una crisis, por culpa de un sargento que quería palparle la tripa a la pobre.

BRIGADA. —¿Palparle la tripa?

JUAN. —Sí, para ver si en lugar del niño llevaba arroz o macarrones... ¡Adelante!, ¡toca para creer! De todos modos, es una obrera y no les pasará nada. ¡Todo está permitido! No es la Lady Di, o la mujer de Pirelli, que si se acercan les echan del cuerpo. Aquí no hay peligro: ¡adelante, palpen, palpen la tripa de esta obrera!

BRIGADA. —Nos está provocando, ¿sabe?

ANTONIA. —Sí, Juan, te estás pasando; déjalo ya.

MARGARITA. —¡Ayyyyyy! ¡Auuuuuu!

ANTONIA. —Y tú tampoco te pases, guapa.

BRIGADA. —¿Han llamado a una ambulancia?

ANTONIA. —¿Una ambulancia?

BRIGADA. —No pueden dejar ahí a esa pobre mujer, con riesgo para su vida. Además, si es prematuro como dicen, corre el peligro de perder al niño.

JUAN. —Tiene razón. Ya te dije yo que había que llamar a una ambulancia.

ANTONIA. —Y también te dije yo que sin reserva no la aceptarían en ningún hospital. Se la mandan de un hospital a otro por toda la ciudad, y así se muere en el coche, la pobre. (Se oye una sirena)

BRIGADA. —(Va a la ventana a mirar.) Es la ambulancia que hemos llamado para la señora que se ha puesto enferma en el bajo. (A los carabineros.) Ayudadme y cargamos también a ésta.

ANTONIA. —No se moleste.

MARGARITA. —¡No quiero ir al hospital!

ANTONIA. —¿Lo ve? No quiere.

MARGARITA. —¡Quiero ver a mi marido! ¡Ayyyyyy! ¡Auuuu!

ANTONIA. —Ya la oye. Quiere ver a su marido, que no está aquí porque tiene turno de noche. Lo siento muchísimo, pero sin consentimiento del marido nosotros no asumimos la responsabilidad.

MARGARITA. —No la asumimos.

BRIGADA. —¿Conque no, eh? ¿Y en cambio si asumen la responsabilidad de permitir que se muera aquí?

ANTONIA. —¿Y en el hospital no se moriría?

BRIGADA. —No es lo mismo. Allí sería negligencia y podrían reclamar.

JUAN.—Pero si ya le he dicho que es prematuro.

MARGARITA. —¡Sí, soy prematura, ayy, auu!

ANTONIA.— Y con el ajetreo de la ambulancia, ésta va y pare. ¿Quiere explicarme cómo puede sobrevivir un niño de cinco meses?

BRIGADA. —Es evidente que ustedes desconocen los progresos de la medicina moderna. ¿No han oído nunca hablar del parto "in vitro".

ANTONIA —Claro que sí, ¿pero qué tiene que ver? Si nace de cinco meses no pueden meterlo en la tienda de oxígeno.

JUAN. —Eso, tan pequeños y a la tienda, ¿verdad?, ¡de camping!

BRIGADA. —¿Es que ignoran ustedes lo avanzados que están precisamente aquí, en Milán, en el centro ginecológico? Yo he estado allí de Servicio hace unos meses, y hasta vi cómo hacían un trasplante.

JUAN Y ANTONIA. —¿Un trasplante de qué?

BRIGADA. —De prematuro. Sacaron un niño de cuatro meses y medio del vientre de una mujer que no podía seguir teniéndolo, y lo colocaron en el vientre de otra mujer.

JUAN. —¿En el vientre?

BRIGADA. —Sí, mediante cesárea. Se lo injertaron con placenta y todo, volvieron a coser, y a los cuatro meses volvió a nacer como si tal cosa, estupendamente.

JUAN. —Para mí que hay truco.

ANTONIA. —No, yo también lo he leído. Es increíble: un niño que nace dos veces, ¡un niño con dos madres!

MARGARITA. —¡No quiero, no quiero, no doy mi consentimiento!

ANTONIA. —Ya lo oye. No da su consentimiento; por tanto no podemos llevárnosla de aquí.

BRIGADA. —Yo doy mi consentimiento; ¡asumo toda la responsabilidad! No quiero problemas por falta de asistencia.

ANTONIA. —Oiga, esto es auténtico abuso de poder, primero nos registran la casa, luego nos amenazan con esposarnos, y ahora quieren meternos a la fuerza en una ambulancia. No nos dejan vivir, de acuerdo; pero por lo menos déjennos morir donde queramos.

BRIGADA. —No señora, no pueden morir donde quieran.

JUAN. —Claro, tenemos que cascar donde diga la ley.

BRIGADA. —Cuidado con lo que dice. Ya está advertido.

JUAN. —¿Pues qué he dicho, a ver?

ANTONIA. —Déjalo, Juan, que la cosa se ha puesto fea. Anda, vamos a bajar a Margarita.

BRIGADA. —¿Mando subir la camilla?

ANTONIA. —No, no, bajará ella sola. ¿A que puedes andar, Margarita? Ahora la ponemos de pie.

MARGARITA. —Sí, sí... No, no... ¡que se me escurre!

ANTONIA. —¡Vaya por Dios! Hagan el favor de salir un momento... Mi amiga está un poco desnuda, y tengo que vestirla.

BRIGADA. —No faltaba más. (*Salen todos los hombres.*)

ANTONIA. —Vamos, súbete las bolsas.

MARGARITA. —Ya sabía yo que esto acabaría mal ¿Y qué pasa si en el hospital se dan cuenta de que estoy en estado de arroz y macarrones?

ANTONIA. —Nada, porque no llegaremos al hospital.

MARGARITA. —Claro, porque nos detendrán antes.

ANTONIA. —Tú siempre tan optimista, guapa. En cuanto estemos en la ambulancia, les explicamos a los camilleros la verdad. Son de los nuestros, y seguro que nos ayudan.

MARGARITA. —¿Y si no son de los nuestros, y nos denuncian?

ANTONIA. —¡Que no, pesada!

MARGARITA. —¡Que se me sale una bolsa!

ANTONIA. —¡Sujétala! ¡Qué asco!

MARGARITA. —¡No aprietes! Vaya, se me ha roto una bolsita de aceitunas. (*Entran JUAN y el BRIGADA.*)

JUAN. —¿Qué ocurre?

MARGARITA. —Que se me sale todo.

JUAN. —¡Que se le sale el niño! ¡Rápido, rápido!

BRIGADA. —Déjeme a mí!

ANTONIA. —Eso, muy bien, sujétela así, en horizontal.

BRIGADA. —Pero ¿Por qué está mojada?

ANTONIA. —Pues... habrá roto aguas.

JUAN. —¡De prisa, que va a parir aquí!

ANTONIA. —Calma... ¡despacio!

MARGARITA. —¡Que se me sale, que se me sale!

ANTONIA. —Ya te he oído. Esperen, voy a envolverla esta manta, Con cuidado, brigada.

JUAN. —Cojo la chaqueta y voy con vosotras.

ANTONIA. —No, quédate aquí. Estas son cosas de mujeres. Tú coge una bayeta y recoge el suelo, que está mojado.

JUAN. —Sí, cojo la bayeta y recojo el suelo..., que éstas si son cosas de hombres, (*Salen todos menos JUAN, que coge la bayeta y se asoma a la ventana*) Vaya follón. Habrá que ver a Luis cuando vuelva a casa mañana, después del turno, y se encuentre con que es padre, así, de golpe... ¡le va a dar un ataque! ¿Y si se encuentra con su hijo trasplantado en la tripa de otra mujer? ¡Le dará un contraataque y se quedará seco! Tendré que hablar antes con él, le iré preparando poco a poco, dando un rodeo. ¡Ya está! Empezaré por hablarle del Papa... (*Seca el suelo de rodillas.*) Cuánta agua... pero qué olor tan raro, si parece vinagre...; sí, sí, como salmuera, eso es... Pues no sabía yo que antes de nacer nos pasamos nueve meses en salmuera. Pero ¿qué es esto? ¿Una aceituna? ¿Estamos en salmuera con aceitunas? Qué barbaridad... (*Vuelve a oírse la sirena. Se levanta y vuelve a la ventana.*) Ya se van. Esperemos que salga todo bien. Pero ¿de dónde habrá salido esta aceituna? ¡Otra! ¿Dos aceitunas? De no ser porque son de origen incierto, me las comía... ¡Tengo un hambre! Estoy

por hacerme una sopita de alpiste. El agua ya está puesta. Le añado un cubito, un poco de cebolla... (*Abre el frigorífico.*) Me lo temía, ni cebolla ni cubito... ¡Voy a tener que echar las cabezas de conejo! (*Sin darse cuenta coge el soplete de soldar.*) Pero ¿qué hace aquí mi soldador autógeno? Mira que le tengo dicho que no lo use para encender el gas, ¡Que no es un magiciclic, caramba! (*Se asoma a la puerta LUIS, el marido de MARGARITA*)

LUIS. —¿Hay alguien? ¿Se puede?

JUAN. —Hola Luis. ¿Qué haces aquí a estas horas?

LUIS. —Ahora te explico. ¿Sabes algo de Margarita? He ido a casa y está todo abierto, pero no hay nadie.

JUAN. —Pues sí..., tu mujer estuvo aquí hace un rato y luego se fue con la mía.

LUIS. —¿A dónde? ¿Para qué?

JUAN. —Cosas de mujeres.

LUIS. —¿Qué cosas de mujeres?

JUAN. —Cosas de mujeres. No nos importan.

LUIS. —¡Claro que me importan!

JUAN. —¿Ah sí? Pues entonces, ¿por qué no te has ocupado de reservar la cama hace un mes?

LUIS. —¿La cama para qué?

JUAN. —Claro, son cosas de mujeres, ¿verdad? Típico. Les soltamos el sobre con la nómina, y: "¡Arréglatelas!". Hacemos el amor, y luego: "Toma la píldora"; las dejamos preñadas, y "Apáñatelas". Y el niño, para ellas, para que lo lleven a la guardería, y lo recojan, y...

LUIS. —¿Qué dices?

JUAN. —Digo que tienen razón. Somos tan explotadores como los patronos.

LUIS. —Pero ¿qué tiene que ver todo eso con que Margarita se deje la casa abierta, sin dejar ni una nota, y se esfume...?

LUIS. —Pero ¿qué tiene que ver todo eso con que Margarita se deje la casa abierta, sin dejar ni una nota, y se esfume...?

JUAN. —¿Por qué iba a dejarte una nota? Tú tendrías que estar en la fábrica haciendo tu turno de noche. A propósito, ¿cómo es que has vuelto?

LUIS. —Es que han bloqueado el tren.

JUAN. —¿Quién?

LUIS. —Todos nosotros. Esos cabrones nos han subido el bono en un treinta por ciento.

JUAN. —¿Y habéis parado el tren?

LUIS. —Claro, hemos tocado la alarma y nos hemos bajado a las vías. Hemos bloqueado todas las líneas. Incluso el expreso de París Si hubieras visto a los ejecutivos, menudo cabreo tenían...

JUAN. —Perdona, Luis, pero me parece una estupidez, que además le hace el juego a la reacción.

LUIS. —Estoy de acuerdo. Ya se lo dije a los compañeros: "Es inútil que armemos tanto follón para que nos rebajen el bono. Lo que tenemos que hacer es negarnos a pagarlo".

JUAN. —Vas mejorando. ¿Pero te has vuelto loco?

LUIS. —La empresa tiene que pagar el viaje. Y también debe pagarnos el tiempo que pasamos en el tren. Porque no perdemos estas horas haciendo turismo, sino para el patrón.

JUAN. —¿Estás hablando en serio? Seguro que has estado con algún extraparlamentario de esos, que son todos unos infiltrados y unos provocadores.

LUIS. —No; he llegado a esas conclusiones yo solo. No es difícil comprender que así no hay quien siga, que no podemos esperar buena voluntad por parte del gobierno, o que intervengan los sindicatos, y luego los sermones del Partido. Ya está bien de delegar siempre en alguien, hasta para ir a mear. Y encima la confianza, el sentido de la responsabilidad, y tener paciencia y comprensión... No, se acabó, tenemos que movernos solos, y cambiar las cosas nosotros...

JUAN. —Oye, Luis... ¿Tú no habrás estado hablando con un policía sin bigote que es clavado a un carabnero con bigote?

LUIS. —¿Quién?

JUAN. —Ese policía maoísta y provocador, que dice que hay que atracar supermercados... porque ése habla igual que tú, igual de insensato y de exaltado.

LUIS. —No sé quien es. (*Prueba de una lata abierta!*) Hum, no está mal este paté. ¿Qué es?

JUAN. —¿Has comido de esa lata?

LUIS. —Sí, perdóname, pero tenía hambre.

JUAN. —¿Sin limón?

LUIS. —¿Hay que ponerle limón?

JUAN. —Pues no sé, ¿Seguro que está bueno?

LUIS. —Buenísimo.

JUAN. —A ver. En fin, me lo esperaba peor. ¿Te importa abrir esta otra?

LUIS. —¿De qué es?

JUAN.—(Lee) Es "un manjar exquisito para nuestro mejor amigo". Una especie de paté para perros exigentes.

LUIS. —¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

JUAN, —No, es que soy un gourmet, ¿sabes? Prueba esta sopa. ¡Anda, pruébala!

LUIS. —No está mal. ¿De qué es?

JUAN. —Una de mis especialidades: sopa de alpiste para canarios con caldo de cabezas de conejo congeladas.

LUIS. —Pues el alpiste está algo duro, la verdad.

JUAN. —Ése es precisamente el secreto: el alpiste duro, y las cabezas tiernas... ¿Quién se ha comido una aceituna?

LUIS. —Yo, ¿no podía comérmela?

JUAN. —¡Claro que no! ¡Era la aceituna de tu hijo! ¡Hay que ver, cómo eres, Luis! ¡Pobre criatura!

LUIS. —¿Qué es eso de la aceituna de mi hijo...? ¿De qué hijo?

JUAN, —¿Es que no sabes que cuando uno nace... ya sabes, la salmuera, que se sale...? Bueno, mejor ir paso a paso, que si no... Empecemos por el Papa.

LUIS. —Juan, a tí te pasa algo. ¿Pero qué dices?

JUAN. —¿Y lo que tú dices, qué? Que el patrón tiene que pagarnos el billete porque viajamos para él. Según eso, tendría que pagarnos también las horas de sueño, porque descansamos para él, y el cine y la tele porque nos ayudan a descargar las neuronas de la cadena de montaje. Y también tendría que pagar un porcentaje a nuestra mujer cuando hacemos el amor con ella, porque así nos recargamos para él, y así rendimos más, ¡Anda, no me vuelvas loco!

LUIS. —No soy yo quien te vuelve loco, sino el patrón, que te atonta en todas partes: en el cine, con esos polvos imposibles, con culos que palpitan, con esas mujeres que mueven la boca y la lengua como si lamieran helados... ¡y lo llaman cultura del eros!

JUAN. —En lo del cine llevas razón, porque cuando sales de una película, para relajarte te encuentras con el desfile de las vallas publicitarias: culos para anunciar sujetadores, culos y tetas para bolígrafos, pasta de dientes y yogures... Y tu mujer camina a tu lado, la miras... y no tiene el cabello suave y vaporoso como brisa marina, no se perfuma con los limones salvajes del Caribe, sus tetas son normales redondas, y no bailan... El trasero es sólo un trasero, no un culo, como los del cine... ¡No palpita! Tiene los pies hinchados, las manos rojas, las uñas rotas, y yo la miro y me entran ganas de tirarla a la basura. Desde luego, es una mierda.

LUIS. —Es un asco porque ellos lo montan así, lo apestan todo: te ensucian el aire, te contaminan los ríos, te convierten el mar en una cloaca. Te convierten también el amor en una cloaca, y las relaciones con la gente, y la comida...

JUAN. —Bueno, depende. Esta sopita de alpiste, sin ir más lejos, no está mal.

LUIS. —Todo es una mierda. Mira, fábricas que cierran, despidos masivos, por no hablar del paro. Y luego los escándalos, como la quiebra de ese banco donde tenía sus millones el Papa.

JUAN. —Pues le está bien empleado a ese extranjero, por machacar a todas horas: "Procreemos, procreemos. Embarazaos, embarazaos".

LUIS. —¿El Papa está preñado?

JUAN. —No, me refiero a tu mujer, ya me entiendes.

LUIS. —¿Qué tiene que ver mi mujer con el Papa?

JUAN. —Ya veo, finges no saberlo.

LUIS. —¡Claro que no lo sé! ¿Qué es todo esto del Papa?

JUAN. —¿Sabes lo que le dice el Papa a tu mujer en sueños?

LUIS. —¿El Papa habla con mi mujer por las noches?

JUAN. —Sí, mira, Margarita está haciendo un cursillo de polaco para comunicarse con él.

LUIS. —¿Y qué le dice el Papa?

LUIS. —¿Y qué le dice el Papa?

JUAN. —Pues le dice que no tome la píldora.

LUIS. —Pero si Margarita no la toma.

JUAN. —¿Ah, conque ya lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

LUIS. —Nadie, yo que lo sé. No tiene que tomarla, porque no puede tener hijos, por una malformación que ahora no recuerdo...

JUAN. —Tú sí que tienes la malformación en la cabeza. Tu mujer está sanísima y puede tener hijos... la prueba es que tiene uno.

LUIS. —¿Que Margarita tiene un hijo? ¿Desde cuándo?

JUAN. —Desde ahora. Es más, puede que ya haya nacido, prematuro de cinco meses.

LUIS. —Pero qué dices, cinco meses... si ni siquiera tenía tripa.

JUAN. —No tenía porque se vendaba. Luego Antonia la desvendó, ¡y zas!, una tripa de nueve meses... ¡O de doce!

LUIS. —¿Me estás tomando el pelo?

JUAN. —Claro que no. La prueba es que mi Antonia, por si quieres saberlo, ha ido con ella en ambulancia al hospital, que casi daba a luz aquí en mi casa.

LUIS. —¿Cómo que casi daba a luz aquí?

JUAN. —Sí, ya había roto aguas; mira, las he recogido yo.

LUIS. —¿Las aguas?

JUAN. —Bueno, las aguas exactamente no: más bien la salmuera, con alguna aceituna, como la que te has comido.

LUIS. —Basta ya, Juan, ¿Dónde está Margarita?

JUAN. —Te lo he dicho: en el hospital.

LUIS. —¿En cuál?

JUAN. —¿Y yo qué sé? Si hubieras reservado la cama ahora lo sabríamos. Pero así es capaz de estar recorriéndolos todos... y luego va el niño y nace en la ambulancia de cualquier manera.

LUIS. —Se acabó: dime a qué hospital la han llevado, o te pego un puñetazo.

JUAN. —Tranquilo, si ya te he dicho que no lo sé. Puede que haya ido al centro ginecológico.

LUIS. —¿Qué centro ginecológico?

JUAN. —Donde hacen los trasplantes de prematuro de tripa a tripa.

LUIS. —¿Trasplantes de niños?

JUAN. —¡Sííí! Pero ¿en qué mundo vives? Cómo se nota que no sabes nada de partos prematuros. Te lo voy a explicar. Tienen una máquina con una tienda oxigenada; cogen a la mujer que tiene el prematuro y le sacan el niño, luego cogen a otra mujer, que es la segunda madre, la hacen la cesárea, le meten al niño en la tripa, la vuelven a coser con placenta y todo, y a los cuatro meses, ¡zas!

LUIS. —Me importa un bledo tu máquina, el trasplante y la cesárea. Quiero saber dónde está ese centro ginecológico. ¿Tienes una guía de teléfonos?

JUAN. —No.

LUIS. —¿Por qué no?

JUAN. —Porque no tengo teléfono.

LUIS. —Pues bajemos al bar, que ahí tienen.

JUAN. —Espera, que ahora recuerdo. El ginecológico está en Niguarda.

LUIS. —Pues está en la otra punta de Milán.

JUAN. —Sí, lo menos hay veinte kilómetros desde aquí.

LUIS. —¿Y por qué se han ido tan lejos?

JUAN. —Ya te lo he dicho, mira que eres burro. Porque ahí es donde hacen el trasplante: cogen otra mujer, la primera que se preste... ¿Otra mujer? ¡Mi mujer! Seguro que Antonia se presta. ¡La primera! Con lo tonta que es... Esa seguro que se deja trasplantar, y me vuelve a casa con barriga. ¡Corre, vamos!

*(Salen corriendo.)*

OSCURO

## SEGUNDO ACTO

*Las dos mujeres vuelven a casa; MARGARITA sigue con tripa y lloriquea.*

ANTONIA. —Por fin hemos llegado. ¡Juan, Juan! No está. ¿Se habrá ido ya al trabajo? ¿Qué hora es? Si son las cinco y media... Madre mía, hemos estado fuera más de cinco horas, *(Mira en la otra habitación)* Si ni ha tocado la cama, pobre mío.

MARGARITA. —La culpa es nuestra. Nunca me haces caso, y mira qué lío hemos armado...

ANTONIA. —¡Ay, Margarita, qué pesadísima eres ¡Después de todo, ¿qué ha ocurrido? Bastó con explicárselo todo a los de la ambulancia, que enseguida nos ayudaron. ¡Y hasta nos felicitaron! Tienes que confiar más en la gente, te lo tengo dicho. *(Mira en el frigorífico)* ¿Quién me ha robado la mantequilla? Ah, aquí está. Dame el arroz que voy a hacer una sopita. *(MARGARITA se lo saca de debajo del abrigo. ANTONIA va a la cocina y ve la olla.)* ¿Qué es

esto? ¿El alpiste? ¡Ese tonto de Juan se ha terminado haciendo la sopa de alpiste con cabezas de conejo, el muy guarro! Si es que no se le puede decir nada, que enseguida se lo cree. Y luego se queja de mi comida... A partir de ahora le pienso poner cabezas de conejo en todas las salsas... ¡hasta rellenas de alpiste!

MARGARITA. —Por mí no hagas la sopa, que se me ha cerrado el estómago.

ANTONIA. —Pues te lo abres, que no es para tanto, guapa. ¿Sabes cuál es tu mayor defecto? Que no confías nada en la gente. Tienes que convencerte de que la gente es... buena gente. Bueno, toda no. Me refiero a la gente como nosotros, los que trabajan. Ésos se ponen enseguida de tu parte, si demuestras que no te duermes, que plantas cara y defiendes tus derechos. Mira, me acuerdo de cuando lo de la fábrica de colines. Eramos 300 mujeres, y todas juntas la ocupamos, nos instalamos por nuestra cuenta, compramos la harina, los vendimos, en fin, todo. Una lucha que ni te imaginas, pero una lucha provechosa, porque todos los obreros de Milán abrieron una suscripción, para ayudarnos, en todas las ciudades, en todos los pueblos. Recogieron unos ochenta millones, algo increíble, que si no lo llevo a ver con estos ojos, no me lo creo. Nos trajeron el dinero por la mañana a la fábrica, nosotras estábamos amasando la pasta para los colines, y se nos cayeron unos lagrimones así de gordos. Vamos, que nos ahorramos la sal. ¿Qué haces? ¿Estás llorando, tonta?

MARGARITA. —Es que me he emocionado.

ANTONIA. —Pues menos emoción, y piensa más en lo que te he dicho, que esto no es un serial. ¿Qué estás haciendo?

MARGARITA. —Me saco los paquetes. ¿No pretenderás que los lleve encima toda la vida?

ANTONIA. —Pues aquí no los sacas, que en mi casa no quiero nada robado. Vamos a llevarlo todo a la caseta de mi suegro, donde cultiva el huerto, junto a la vía. Y para tardar menos y también me preparo un buen tripón de ocho meses, y en un par de viajes hemos terminado.

MARGARITA. —No, Antonia, yo no puedo más. Estoy agotada, y no sigo. Lo dejo todo aquí, que no quiero nada.

ANTONIA. —Como quieras. Mira que eres tonta.

MARGARITA. —¿Ah sí? Pues entonces tú, que eres tan lista, dime qué le cuento ya a tu marido, cuando vuelva a verme sin tripa y sin niño.

ANTONIA. —Ya lo tengo pensado. Le diremos que has tenido un embarazo histórico.

MARGARITA. —¿Histórico?

ANTONIA. —Sí. Es muy corriente. Una mujer cree que está embarazada, se le hincha la tripa, y cuando va a dar a luz, sólo le sale aire.

MARGARITA. —¿Y a santo de qué he tenido yo ese embarazo histórico?

ANTONIA. A santo del Papa. Se te aparecía en sueños, diciéndote: "Ten el niño, ten el niño", y tú le has obedecido y has tenido un niño, pero de aire. Sólo el alma del niño. (*Mientras tanto*

MARGARITA *ha sacado todos los paquetes, y ANTONIA se ha hecho una tripa enorme debajo del abrigo.*) Ya está. Echame un vistazo a la sopa, que enseguida vuelvo.

MARGARITA. —¿Por qué no nos dejamos de tripas y lo llevamos todo en las bolsas, en un solo viaje?

ANTONIA. —Pues porque abajo está la policía, esperando que hagamos precisamente eso para trincarnos. Oye, si se te apaga el gas, ahí está el soldador autógeno de Juan. Mira, se hace así, se enciende...

MARGARITA. —¿Y no se pone al rojo vivo?

ANTONIA. —No, porque no es de hierro, sino de una cosa especial que se llama antimonio, cosas de hombres. Llega a dos mil grados, pero nunca se pone rojo. Y sirve para encender el gas.

MARGARITA. —(*Mirando por la ventana.*) Mira, ahí va María la del tercero que también está embarazada... está cruzando...

ANTONIA. —En este dichoso barrio no se te puede ocurrir una idea graciosa, que enseguida te la copian.

MARGARITA. —Me lo he pensado mejor y voy contigo. (*Vuelve a colocarse las bolsas.*)

ANTONIA. —Entonces date prisa. Voy a por las llaves de la caseta. Ya sabía yo que te lo pensarías. Si ya te lo he dicho antes, yo confío en la gente, hasta en las cobardes como tú, que cuando llega la hora de la verdad no se echan atrás. Vamos, muévete, tontona. (*Se acaricia el vientre.*) ¿Sabes una cosa? Siento una emoción tremenda al tocarme esta barriga... Me recuerda a mi niño.

MARGARITA. —¿Tu niño?

ANTONIA. —La verdad es que tiene ya más de veinte años, pero para mí sigue siendo mi niño, aunque ya sea un hombre, y viva su vida. ¿Estás lista?

MARGARITA. —Sí

ANTONIA. —Pues vamos. ¡Este es realmente el día de la madre! (*Salen*)

(*Cambia de escena. Cae un telón en corbata. JUAN y LUIS entran en escena como si fueran por la calle. LUIS saca un gorro y se lo pone*)

LUIS. — Lo que faltaba, ahora empieza a llover.

JUAN. —Estoy agotado. Tengo las botas llenas de pies, cuatro pies en cada bota. Tú y tu brillante idea de recorrernos los hospitales... Si te dicen que tu mujer no ha sido ingresada, ¿para qué tanta excursión?

LUIS. —Cualquiera se fía de ellos.

JUAN. —Bueno, mira, me voy al trabajo, que me van a descontar una hora. (*Se desplaza para mirar hacia la derecha, al patio de butacas.*) ¡Mira allí! ¿Qué habrá pasado? ¡Vaya accidente!

LUIS. — ¡Han volcado!

JUAN. —Claro, con tanta agua, un frenazo, y ¡cataplúm! (*Entra el INSPECTOR de policía.*)

INSPECTOR. —¡Atrás, atrás! Aléjense, es peligroso. Puede que estén cargados de material inflamable, y exploten de un momento a otro.

JUAN. —¿Qué hay, inspector?. Siempre nos vemos en situaciones agradables, ¿eh?

INSPECTOR. —Ah, es usted, qué tal. ¿Ve qué vida la nuestra? (*Hacia el fondo del patio de butacas.*) ¡Eh, vosotros, los del terraplén! Pero ¿qué hacen esos locos? ¡Atrás, atrás! Circulen... ¡Marchaos a trabajar! ¿Pero es que no os basta con los accidentes de trabajo y venís a buscarlos aquí?

JUAN. —Es que son masoquistas.

LUIS. —¿Le conoces?

JUAN. —Sí. es un amigo, un maoísta de los peores. Para mí que es un infiltrado.

LUIS. —¿En la policía?

JUAN. —Claro. Eh, inspector, mire que ahí, en el camión, pone "sosa cáustica", y eso no explota.

INSPECTOR. —Ya lo sé, pero eso lo pone fuera, y no sabemos qué lleva dentro.

JUAN. —Qué desconfiado es usted, inspector. Son camiones de transportes internacionales, de los que van al extranjero. Con todos los controles que tienen... ¡Figúrese si van a escribir una cosa por otra! Verá cómo no explota.

INSPECTOR. —El camión no explotará, pero a mí me explotarán las pelotas. ¿Sabe que llevo de pie desde ayer por la mañana?

JUAN. —¿Y nosotros, qué? Levantarse, mono, la fábrica, fichar, la sirena, la cadena de montaje, salida, fichar, casa, mono. ¡Correr, moverse, a las órdenes!

INSPECTOR. —Usted ya está preparado para entrar en la policía ¿Por qué no toma mi puesto?

JUAN. —Pues yo en su puesto para empezar haría retirar todos esos sacos, porque como contienen sosa cáustica, con lo que está lloviendo va a empezar a hervir, y ya verá entonces qué desastre. Le advierto que cáustico quiere decir que quema, ¿sabe?

INSPECTOR. —Tiene razón. Echenme una mano. Siempre me ha gustado la gente con iniciativa y buena voluntad. ¡Vamos!

JUAN. —Caray con las ideas que se me ocurren...

LUIS. —Ése es tu problema, tienes demasiadas ideas... ¡Gilipollas!

INSPECTOR. —(*Al fondo de la sala.*) Eh, vosotros, echadnos una mano con estos sacos... Hacedlo por vuestros compañeros camioneros... Hay que ser solidarios en la desgracia... (*Empieza la acción de la cadena para pasarse los sacos. Se unen dos o tres actores que suben al escenario*)

JUAN. —Ha visto, usted que es tan pesimista; mire, están bajando todos a ayudar. Y eso que llegarán tarde al trabajo, y se lo descontarán de la paga.

INSPECTOR. —Yo nunca he dicho que la gente no sea generosa.

JUAN. —Pero es usted demasiado desconfiado. Me recuerda a un patrón que tuve, un viejo sordo y que tenía un perro más viejo y sordo que él. Y como sólo se fiaba del perro, le mandó hacer un aparato acústico especial. sólo se fiaba del perro, le mandó hacer un aparato acústico especial.

INSPECTOR. —¿Un aparato acústico para perros?

JUAN. —Sí, un sonotone de pilas, y muy potente. Se lo ató a la parte interior de la pata. Pero cuando el perro la alzó para mear, mojó la batería, cortocircuito, y ¡zas!, electrocutado.

INSPECTOR. —Trataré de no alzar la pata. Diga, ustedes que han llegado aquí antes, ¿no han visto a los camioneros?

LUIS. —¡Es verdad! ¡A ver si se han quedado aplastados en la cabina!

INSPECTOR. —No, se han salvado.

JUAN. —Menos mal

INSPECTOR. —Pero a base de salir pitando.

JUAN. —¿Y eso por qué?

INSPECTOR. —Porque estos sacos que estamos salvando con tanta generosidad, no contienen sosa cáustica, sino azúcar, y aquellos que llegan arroz.

JUAN. —Vaya sinvergüenzas. ¿Y a dónde lo llevaban?

INSPECTOR. —La primera carga iba a Suiza, y la otra a Alemania.

JUAN. —¿Y cómo se las arreglan con los controles?

INSPECTOR. —Tienen uno a la salida, y se acabó. Salen, y ya no hay quien los pare.

JUAN. —Te das cuenta, Luis, esos piratas de industriales; no sólo almacenan la comida para luego subir los precios, sino que, encima, se la llevan... No les basta con mandar a Suiza todo el dinero que ganan a nuestra costa. Además se llevan hasta la comida. ¡Serán sinvergüenzas!

INSPECTOR. —Muy bien, desahóguese, indígnese, que la indignación es la mejor arma del gilipollas.

JUAN. —Vaya, muchas gracias ¿Y qué es lo que piensa hacer, inspector?

INSPECTOR. —Gracias a su ayuda salvamos la mercancía, porque algo había que hacer, ¿no? Luego haré un bonito informe, y pondré una denuncia. Esta misma noche, la televisión informará de la rápida y espectacular operación policial. Así que, avisados con tiempo más que suficiente, gracias a ese hermoso soplo televisivo, los responsables podrán largarse al extranjero. El juez los condenará a unos cuatro meses en rebeldía. El Presidente de la República concederá rápidamente el perdón, como otras veces, y todo arreglado.

JUAN. —Peno bueno, por lo menos la mercancía...

INSPECTOR. —Les será devuelta los propietarios, previo pago de una fuerte multa, contra la que recurrirán las veces que haga falta, hasta conseguir que les permitan pagar sólo la fianza.

JUAN. —No lo creo... ¡Es demasiado repugnante!

INSPECTOR. —Yo tampoco me lo creo.

JUAN, —¿Lo ve? No se lo cree ni usted.

INSPECTOR. —Yo no puedo crérmelo, por el grado que llevo. Pero para usted es distinto, usted no se lo puede creer porque...

JUAN. —Porque soy gilipollas, no se moleste.

INSPECTOR. —Si insiste... (*Se desplaza unos pasos hacia la derecha*) Eh, ¿Pero a dónde van esos? ¡Que se están llevando los sacos! Han descubierto que contienen harina y azúcar ¡Eh, vosotros! (*Sale rápidamente*)

LUIS. —Oye, Juan... ¿Sabes lo que te digo? Que estoy por coger un par de sacos y llevármelos a casa.

JUAN. —¿Te has vuelto loco? ¿No querrás ponerte a la altura de esa gentuza, que ni son obreros ni nada? Además, yo no cojo lo que no es mío.

LUIS. —¿Cómo que no es tuyo? ¿Pues quién lo hace, quién lo siembra? ¿Quién construye las máquinas para trabajarlo? ¿Quién lo trabaja? ¿Acaso no somos nosotros, siempre y únicamente nosotros? Y ellos, los empresarios, ¿no son por el contrario los que siempre estafan?

JUAN. —Muy bien, y como vivimos en un país de bandidos y ladrones, ¡hala, a robar! ¡El más listo es el que más roba! Y el que no roba es imbécil. Pues ¿sabes lo que te digo? Que yo me siento orgulloso de ser un gilipollas en un mundo de listos y de ladrones.

LUIS. —Ya. Eso se llama "orgullo de gilipollas"

JUAN. —Tú lo has dicho. Porque tu discurso es el de un subproletario desesperado, que no ve más solución que apañárselas como puede. ¡Cada uno para sí mismo, todos para cada uno! Y eso es precisamente lo que quieren los patronos, para poder llegar, los pobres, a la necesidad ineludible de tener que poner orden con un hermoso golpe de estado, con los generales fascistas y los carabineros.

LUIS. —De eso nada; los generales y el fascismo sólo llegan cuando los obreros estamos con el culo en el suelo y no nos movemos para coger lo que nos pertenece.

JUAN. —Para eso están las luchas de los sindicatos. Y no me vengas con que se duermen, con que no hacen nada, porque todo lo organizan ellos.

LUIS. —Lo organizan porque antes, por debajo, se han movido las bases.

JUAN. —Ah, claro, la creatividad de las bases, ya se sabe... Y los sindicatos llegan siempre tarde, con las cosas hechas, ¿no? ¿Es que ahora ya no crees ni en los sindicatos?

LUIS. —Claro que creo, pero cuando dirigimos nosotros las luchas, no cuando vienen ellos a decirnos lo que tenemos que hacer. Vienen a enterrar las luchas,



a pactar para no comprometer el equilibrio gubernativo, y se dejan chantajear por los partidos con sus manejos, en nombre de la unidad a toda costa dentro de la dirección del sindicato.  
(*Entra el BRIGADA de los carabineros*)

BRIGADA. —¿Qué ocurre aquí?

LUIS. —Pues ya ve, aquí cargando, para salvar a la patria.

BRIGADA. —Pero qué dice... ¡Esto es un auténtico expolio!

JUAN. —Si es el señor brigada con bigote... Mira, Luis, cómo se parece al inspector de antes.  
(*Los otros dos obreros que ayudaban en la cadena se largan con los sacos*)

BRIGADA. —¡Eh, vosotros quietos ahí; soltad esos sacos! ¡Soltadlos o disparo! Malditos cobardes, se han escapado ¿Y a vosotros quién os ha dado permiso para tocar esos sacos?

LUIS. —¡Vaya hombre, si encima nos van a pegar un tiro!

JUAN. —Cálmese, brigada. Y procure no tropezar con esa pistola, que ustedes siempre que tropiezan se llevan a alguien por delante ¡Tienen el tropiezo fácil!

BRIGADA. —Oiga, no se haga el gracioso. Queda advertido.

JUAN. —De acuerdo, pero piense que estamos haciendo un favor, que si no se pudre todo.

BRIGADA. —No necesitamos favores. Váyanse.

JUAN. —Con mucho gusto. Pero conste que nos lo dijo el inspector.

BRIGADA. —¿Qué inspector?

JUAN. —El de policía.

BRIGADA. —Pues entonces sigan... No, esperen, que voy a controlar. (Sale)

LUIS. —Te darás cuenta de que estamos bien pringados...

JUAN. —Es algo basto, pero en el fondo es buena persona. No olvides que fue él quien se preocupó de meter a tu mujer y al niño en la ambulancia... No como otros.

LUIS. —Oye, Juan, antes te estaba diciendo una cosa.

JUAN. —¿Qué?

LUIS. —Sobre las luchas justas y organizadas. Desde mañana estamos todos en el paro.

JUAN. —¿Quién te lo ha dicho?

LUIS. —Me enteré ayer, en el tren. Nos echan a los seis mil que estamos con 26 horas, y dentro de dos semanas cierran.

JUAN. —¿Y por qué? Si no están en crisis. Todo lo contrario, creo que tienen pedidos hasta el año próximo.

LUIS. —¡Como que les importan los pedidos! Además, se lo pueden llevar todo a Argentina, que ganan más... O mejor aún, al Brasil.

JUAN. —Por la mano de obra barata, ¿no?

LUIS. —Y más cosas: salarios congelados, pocas huelgas y pactadas, un gobierno que garantiza la paz social... Y nosotros al paro.

JUAN. —Pásame ese saco... Y ese otro... ¡Y esos dos! Tú espabila y carga lo que puedas.

LUIS. —Pero ¿y el orgullo de ser un gilipollas demócrata legalista?

JUAN. —Llega un momento en que hasta los gilipollas recapacitan. Anda, carga y vámonos. Después de todo, hemos trabajado, ¿no? ¡Así que es nuestro!

(*Salen cargadísimos. El BRIGADA grita desde cajas*)

BRIGADA. —¡Eh, vosotros! ¿Dónde vais con eso? Quietos... ¡Quietos o disparo! ¡Que disparo!

JUAN. —Sí, dispara..., ¡pero a tus cojones!

BRIGADA. —(*Entra en escena sin aliento*) ¡Cabrones, sinvergüenzas! Y decían que estaban ayudando... (Sale detrás de ellos)

(*Cambio de escena. El telón permanece cerrado. Sólo hay una variación en la luz, para indicar que se trata de otro ambiente de calle. Por la derecha vuelven a entrar JUAN y LUIS cargados de sacos*)

JUAN. —Ánimo, Luis. Un poco más y llegamos... Para, para, que justo delante de casa hay una furgoneta de la policía.

LUIS. —Fíjate, esas dos que cruzan la calle. ¿No son nuestras mujeres?

JUAN. —Imposible, no pueden ser ellas.

LUIS. —Pues están entrando en el edificio. Además, una está embarazada.

JUAN. —No, mira mejor. Lo están las dos.

LUIS. —Ah, pues es verdad; entonces no pueden ser ellas.

JUAN. —¡No tenemos escapatoria! ¡Mira... allí!

LUIS. —¿Qué?

JUAN. —¿No lo ves? El brigada de los carabineros, que nos ha seguido. Qué cabrón, con todos los que han robado sacos, viene justo a por nosotros. Será porque hemos robado demasiado poco.

LUIS. —Lógico, sabe dónde vives... Verás cómo va a buscarnos a tu casa.

JUAN. —Pues entonces vamos a la tuya.

LUIS. —De acuerdo. Vamos por ahí y lo despistamos.

*(Salen por el centro del telón; el BRIGADA en cambio cruza toda la escena y sale por la izquierda. En el oscuro se abre el telón y vuelve a aparecer la casa de ANTONIA. Llegan las dos mujeres con sus tripas)*

ANTONIA. —Entra y cierra la puerta.

MARGARITA. —Con tanta carga y descarga me siento como un camión.

ANTONIA. —Ay, hija, siempre te estás quejando. Eres una de las tres mujeres más pesadas que conozco. Menos mal que no me he casado contigo. ¡Qué mujer ésta! *(MARGARITA se desabrocha el abrigo y saca ensaladas y coles)*

MARGARITA. —Tenemos ensalada para un mes.

ANTONIA. —Puede que nos hayamos pasado, pero no había otro remedio. *(Va a la cocina, preocupada)* Se nos ha olvidado la sopa: parecerá engrudo. *(Levanta la tapadera)* Uy, si ni siquiera ha roto a hervir... No hay gas... ¡Nos lo han cortado, esos sinvergüenzas! Verás como dentro de poco nos cortan la luz. *(Llaman a la puerta)* ¿Quién es?

VOZ. —Un amigo.

ANTONIA. —¿De quién?

VOZ. —Soy un compañero de su marido, y le traigo un recado suyo.

ANTONIA. —¡Ay, Dios mío, qué le habrá pasado a mi Juan! *(Va a abrir)*

MARGARITA. —Espera un momento que me guarde la ensalada.

ANTONIA. —Un segundo, por favor, que no estoy vestida. *(Abre la puerta y aparece el BRIGADA)* ¿Usted? ¿Qué broma es esta?

BRIGADA. —¡Quietas las dos! ¡Esta vez os he pillado! Ahí están, las dos embarazadas, de pronto. ¡Pero cómo crecen esas tripas! Ya me había percatado yo del truco, ¿qué se creían?

ANTONIA. —Pero ¿qué dice este hombre? ¿De qué truco habla?

MARGARITA. —*(Dejándose caer en la cama)* ¡Lo sabía, lo sabía!

BRIGADA. —*(A MARGARITA.)* Veo con alegría que no ha perdido a su retoño. Y usted, señora, para compensar... ¡Enhorabuena! En cinco horas ha hecho el amor, ha quedado embarazada y ha llegado al noveno mes... ¡Qué rapidez!

ANTONIA. —Le advierto que está muy equivocado.

BRIGADA. —Oiga, señora, ya no me engaña. ¡Saquen la mercancía robada!

ANTONIA. —Está loco. ¿De qué habla?

BRIGADA. —No se pase de lista. El jueguecillo ya es demasiado descarado: los maridos salen a hacer limpieza, luego pasan los sacos a las mujeres, que se fabrican una tripa, ¡y ya está! Llevo todo el día viendo pasar mujeres embarazadas. Pero ¿será posible que todas las mujeres del barrio se hayan embarazado al mismo tiempo? Puedo entender lo de la famosa fertilidad del pueblo, pero esto es demasiado. Mujeres maduras, muchachas, niñas, hasta una ancianita de ochenta mismo tiempo? Puedo entender lo de la famosa fertilidad del pueblo, pero esto es demasiado. Mujeres maduras, muchachas, niñas, hasta una ancianita de ochenta años, la he visto con estos ojos, con una barriga que parecían gemelos...

ANTONIA. —Ah, ya; pero no es por lo que cree, sino por la Santa Patrona.

BRIGADA. —¿Qué Santa Patrona?

ANTONIA. —Sí, Santa Eulalia... Sabe, esa santa que no podía tener hijos, y cuando llegó a los sesenta años, figúrese que el Señor le hizo la gracia de quedarse embarazada.

MARGARITA. —¿A los sesenta años?

ANTONIA. —Sí, y el marido tenía más de ochenta.

MARGARITA. —¡No me diga!

ANTONIA. —Por lo visto el marido murió enseguida. La fuerza de la fe, ya se sabe. Así que, para recordar este milagro, todas las mujeres del barrio se pasean durante tres días con tripa postiza.

BRIGADA. —Qué bonita tradición. Así que por eso atracáis los supermercados, ¿no? Para conseguir el relleno para la tripa. Hay que ver, lo que hace la religiosidad del pueblo... ¡Bueno, basta de payasadas! Enséñame lo que lleva ahí debajo o perderé la paciencia.

ANTONIA. —¿Y qué piensa hacer si la pierde? ¿Arrancarnos la ropa? Le advierto que como nos toque con un solo dedo, e insista en querer ver, le ocurrirá la desgracia.

BRIGADA. —No me haga reír. ¿Qué desgracia?

ANTONIA. —La misma que le ocurrió al marido de Santa Eulalia. Como era un incrédulo, pues no lo creía. "Santa Eulalia, ven aquí", le dijo; "enséñame lo que llevas ahí debajo y déjate de

historias, que como estás embarazada yo te mato, porque yo no soy el padre". Entonces Santa Eulalia se abrió el vestido, y ¡segundo milagro!: del vientre le salió... ¡Una cascada de rosas!

BRIGADA. —Muy bonito milagro.

ANTONIA. —Y no acaba ahí la historia. Al viejo se le oscureció de pronto la vista: "¡No veo, no veo!", gritaba. "Estoy ciego; Dios me ha castigado". "¿Crees ahora, oh incrédulo?", le preguntó la Santa. "¡Sí, creo!", y entonces, tercer milagro: entre las rosas apareció un niño de diez meses, que ya hablaba y que dijo: "Papá, el Señor te perdona, puedes morir en paz". Le tocó con la manita en la cabeza, y el viejo murió. Pero muy tranquilo, ¿sabe?

BRIGADA. —¿Has terminado? Enséñame las rosas.

ANTONIA. —Está bien. ¿Entonces es usted un incrédulo?

BRIGADA. —Sí, mucho.

ANTONIA. —¿No teme la desgracia?

BRIGADA. —Ya le he dicho que no.

ANTONIA. —Como quiera. Luego no me diga que no le avisé. (A MARGARITA) Anda, levántate que vamos a descubrirnos juntas: "Santa Eulalia del tripón, a quien no crea este milagro, échale la maldición; A quien no crea en el oráculo, dale dolencia malvada, noche y niebla en la mirada; Santa Eulalia Santa bella, dale un golpe y que así sea." (*Las dos mujeres se abren el abrigo*)

BRIGADA. —¿Qué es eso?

ANTONIA. —Uy, si parece ensalada.

BRIGADA. —¿Ensalada?

ANTONIA. —Pues sí, es ensalada: lechuga, escarola, endivia, berros, ¡y hasta una coliflor!

MARGARITA. —Yo también tengo una coliflor...

BRIGADA. —Pero ¿por qué os habéis escondido toda esa verdura en la tripa?

ANTONIA. —Nosotras no hemos sido. A ver si va a ser un milagro...

BRIGADA. —Sí, el milagro de la lechuga... ¿Dónde están las rosas?

MARGARITA. —Es que están muy caras...

ANTONIA. —Oiga, brigada, cada uno hace los milagros según la estación. Además, ¿es que está prohibido? ¿Acaso hay alguna ley que diga que un ciudadano italiano, sobre todo si es de sexo femenino, no pueda llevar escarola, lechuga, endivia y coliflor en la tripa?

BRIGADA. —Claro que no hay ninguna ley, pero no comprendo por qué os habéis metido toda esa verdura...

ANTONIA. —Ya se lo he dicho, para recordar el milagro de Santa Eulalia. Y a quien no se lo crea, antes o después le ocurre la desgracia. (*Baja lentamente la luz*) LAS DOS. —"Santa Eulalia del tripón, a quien no crea..."

BRIGADA. —¿Qué pasa ahora, se va la luz?

ANTONIA. —¿Qué luz?

BRIGADA. —¿No ve que está bajando... que está oscureciendo?

ANTONIA. —Pero qué dice; yo veo perfectamente. ¿Y tú, Margarita?

MARGARITA. —Pues yo... (*ANTONIA le da una patada*)

ANTONIA. —Mire, nosotras vemos igual que antes. Puede que a usted e le esté debilitando la vista. (*MARGARITA se acerca a ANTONIA a tientas*)

MARGARITA. —(*En voz baja*) Se ha ido la luz en toda la casa. Nos la han cortado.

BRIGADA. —Déjese de bromas, ¿Dónde está el interruptor?

ANTONIA. —(*Moviéndose tranquilamente en la oscuridad*) Aquí, ¿no lo ve? Espere, ya voy yo, que para eso es mi casa. (*Se oye el clic.*) ya está, ¿lo ve?, ahora está apagada; ahora está encendida... ¿Lo ve?

BRIGADA. —No, no veo nada...

ANTONIA. —¡Ay, Santa Eulalia que se ha quedado ciego! Le ha ocurrido la desgracia. El señor le ha castigado por incrédulo.

BRIGADA. —¡Basta! Abran la ventana... Quiero ver la calle.

ANTONIA. —Si ya está abierta.

MARGARITA. —Sí, la ventana está abierta, ¿no lo ve?

ANTONIA. —Venga a ver. (*Lo coge por el brazo*) Por aquí,

BRIGADA. —(*Le coloca una silla delante*) Cuidado con la silla. (*Golpe*)

BRIGADA. —Ayyyyy... ¡mi espinilla!

ANTONIA. —Tenga cuidado por donde pisa.

BRIGADA. —¿Cómo voy a tener cuidado si no veo nada?

ANTONIA. —Es verdad, pobrecillo, si no ve... ¡Qué desgracia! Aquí está la ventana. (*Lo ha llevado al aparador y abre las puertas.*) Tenga cuidado... Eso es, apóyese que ahora abrimos la

persiana... Toque, toque; ¿ve cómo está abierto? (*El BRIGADA toca a tientas*) Oh, qué vista tan bonita tiene mi ventana. ¿Ve cuánta luz hay en la calle? Pero ¿qué día es hoy? Ah, claro, son las bombillas por la fiesta de Santa Eulalia... ¡Cuánta luz, qué lujo! ¿No ve?

BRIGADA —No, no veo. ¡No veo nada! ¿Qué me ha ocurrido? Una cerilla. ¡Enciendan una cerilla!

ANTONIA. —Enseguida; quédese ahí que voy a buscarla. Mire, tengo algo mejor: un soplete de llama. (*Enciende*) Mire, mire qué llama tan hermosa.

BRIGADA. —No la veo Déjeme tocar.

ANTONIA. —¡No, no, que está al rojo vivo!

BRIGADA. —No veo nada rojo. Le digo que me deje tocar. ¡Auuuu! ¡La mano, que me he quemado la mano!

ANTONIA. —¿Ve lo que pasa cuando no se cree?

BRIGADA. —¡¡Estoy ciego!!

ANTONIA. —Pues sí. Llevamos una hora diciéndoselo. Ha sido la desgracia.

BRIGADA. —¿Dónde está la puerta? ¡Quiero salir!

ANTONIA. —Espere que le acompaño. Venga... Aquí está la puerta. No le acompaño porque tengo mucho que hacer, pero ya sabe, baja la escalera, y luego a la derecha... (*Abre el armario; el BRIGADA se lanza contra el tabique, retrocede tambaleándose y cae al suelo*)

BRIGADA. —¡Auuuuuuuu!

MARGARITA. —Se ha roto la cabeza.

BRIGADA. —Ayyy, mi cabeza... ¿Qué ha sido?

ANTONIA. —El niño, que le ha tocado la frente con la manita.

BRIGADA. —¡Caray con la manita! (*Se desvanece*)

ANTONIA. —¡Brigada! ¡Brigada! Se ha desmayado.

MARGARITA. —¿Estás segura de que no está muerto?

ANTONIA. —No. A ver... Pues es verdad, no respira. Y no le late el corazón.

MARGARITA. —¡Ay, Virgen Santa, hemos matado a un carabnero!

ANTONIA. —¿Qué hacemos ahora?

MARGARITA. —¿Me lo preguntas a mí? Tú lo hiciste, Yo me voy a mi casa, ¿Dónde he puesto las llaves?

ANTONIA. —Vaya amiga, que me dejas aquí plantada con un carabnero muerto. ¡Viva la solidaridad!

MARGARITA. —(*Encuentra las llaves en el aparador.*) Aquí están. Pero si tengo otras en el bolsillo... Deben ser las de Luis. Eso es que ha venido aquí a buscarme, y se las ha dejado.

ANTONIA. —Pues entonces volverá a por ellas.

MARGARITA. —Seguro que se ha encontrado con Juan, que le habrá contado lo de mi embarazo, ¿Y qué le cuento yo ahora? Yo no valgo como tú para inventármelo todo... Me quedo aquí Tú te ocuparás de sacarme de este embrollo. Se lo cuentas tu todo.

ANTONIA. —Sí, claro, yo le cuento todo: ¡yo lo hago todo! Como tengo tanto aguante, ¿verdad? (*Observa al BRIGADA*) Oye, que ése está muerto de

verdad. MARGARITA. —¿Lo ves? ¡Tú y tus milagros!

ANTONIA. —Yo ya se lo advertí: ¡cuidado con la maldición, que Santa Eulalia es una santa terrible y muy rencorosa! (*Lo coge por los hombros, lo levanta y lo deja caer*)

MARGARITA. —¿Qué le haces?

ANTONIA. —La respiración artificial.

MARGARITA. —Eso ya no se hace. Hay que practicarle el boca a boca, como a los ahogados.

ANTONIA. —¿No querrás que ahora me ponga a besar carabneros? Que si se entera mi marido... Anda, Margarita, bésale tú.

MARGARITA. —Ni hablar. Necesitamos una bombona de oxígeno.

ANTONIA, —(*Reflexiona*) ¡La tengo! Mira, las de la soldadura. Una es de hidrógeno, y la otra de oxígeno. Ven, ayúdame. Cierro la válvula del hidrógeno, así, y abro la del oxígeno. Verás cómo le gusta. Es como pasar un mes en la sierra. Se curará enseguida.

MARGARITA. —¿Crees que funcionará?

ANTONIA. —Claro, si lo he visto en el cine ¿Ves? Ya empieza a respirar; mira cómo mueve el estómago. Se levanta... Ahora verás cómo se baja...

MARGARITA. —A mi me parece que sólo se levanta... Antonia, para, para, ¡que lo estás hinchando como un globo!

ANTONIA. —¡Me he equivocado de bombona! No consigo sacarle el tubo de la boca, lo aprieta con los dientes. ¡Vete a cerrar la válvula, corre! No, del otro lado; lado; gírala hacia el otro lado.

MARGARITA. —Ya está.

ANTONIA. —Vaya barriga... He preñado a un carabinero.

(*Oscuro. Se corre el telón y sube lentamente la luz. JUAN y LUIS en escena*)

JUAN. —No podemos seguir esperando horas en el descansillo como dos imbéciles. Voy a tirar la puerta.

LUIS. —Ya has visto que lo he intentado, y casi me rompo el hombro. No hay nada que hacer; tiene tres cerrojos por dentro.

JUAN. —¿Y para qué tanto armamento?

LUIS. —Es Margarita, que tiene pánico a los ladrones.

JUAN. —Pues no sé por qué se preocupa. No puedes entrar ni tú, que vives en la casa.

LUIS. —Espera, ahora que recuerdo, me he dejado las llaves en tu casa... Sí, encima del aparador.

JUAN. —Vaya hombre, a buenas horas...

LUIS. —Dame tus llaves, que voy a buscar las mías.

JUAN. —Muy hábil. El brigada nos estará esperando como un buitre, y ¡zas!

LUIS. —Se habrá cansado y se habrá ido.

JUAN. —Sí, ya; ese con el aguante que tiene se habrá instalado en mi casa de por vida... No podré fingir que vuelvo a casa. Tendré que emigrar. (*Se oyen pasos*) Cuidado, viene alguien.

LUIS. —Será algún vecino.

LUIS. —Será algún vecino.

JUAN. —Esconde los sacos. (*Se quita la gabardina y tapa los sacos*)

VOZ. —(*De cajas*) Oigan, por favor, ¿me pueden informar?

JUAN. —Estamos apañados.

LUIS. —¿Por qué?

JUAN. —Es la voz del brigada. ¿Ves cómo alguien ha dado el chivatazo?

LUIS. —No es él; se le parece, pero no es él.

JUAN. —Tienes razón: se le parece, pero no es él.

EMPLEADO. —(*Entra en escena*) ¿Hablaban conmigo?

JUAN. —No, no; es que me parecía conocerle.

LUIS. —Hay que ver cómo se le parece.

EMPLEADO. —¿A quien?

JUAN. —A un brigada de carabineros con bigote, que es clavadito a un policía de paisano sin bigote... je, je...; perdone que me ría, pero esto me recuerda una comedia que vi una vez, donde como les faltaban intérpretes, un actor tenía que representar todos los papeles de policía que había en la obra.

EMPLEADO. —La verdad es que yo no soy policía.

JUAN. —¿Ah no? ¿Y qué papel hace?

EMPLEADO. —Soy empleado de pompas fúnebres (*JUAN y LUIS se lanzan a la puerta para tocar madera*) ¿Podrían decirme dónde vive un tal Sergio Prampolini?

LUIS. —En el tercero. Pero estará en el hospital, ¿sabe? Siempre está enfermo el pobre... Vaya vida.

EMPLEADO. —Y que lo diga, porque se ha muerto. ¿No sabe usted si durante el día vuelve aquí algún familiar? Es que tengo que entregar el ataúd.

LUIS. —Pues mire, lo más seguro es que su hijo vuelva esta noche. Pero puede que le convenga llevar el ataúd al hospital, si se ha muerto allí.

EMPLEADO. —Precisamente vengo de allí, pero por desgracia el cuerpo del finado ya no está.

JUAN. —Pues déjelo en el portal, con una tarjeta, y cuando vuelva el hijo del muerto dirá: "¡Es para Papá!", y se lo subirá a casa.

EMPLEADO. —No puedo... Imagínense, un féretro abandonado ahí, con toda la gente pasando... Los niños, que se meterán dentro para jugar a los indios en canoa... No, no puedo. Además, necesito a alguien de confianza para que me firme el albarán de entrega.

LUIS. —Pues entonces no sabemos qué aconsejarle.

EMPLEADO. —Ustedes parecen personas de confianza.

JUAN. —Parecemos.

EMPLEADO. —Viven aquí ¿verdad?

LUIS. —Sí, yo vivo ahí.

EMPLEADO. —Entonces todo resuelto. Yo le entrego el ataúd, lo metemos en su casa, cuando llegue el hijo del finado...

LUIS. —¿Un ataúd en casa?

EMPLEADO. —No crea, ocupa poco lugar. Además, si uno se olvida del uso algo macabro, hasta es decorativo; basta con acostumbrarse.

LUIS. —Comprendo; lo que ocurre es que no podemos entrar en mi casa porque no tenemos llave.

EMPLEADO. —Qué lástima. Entonces no me queda más remedio que volvérmelo a llevar.

JUAN. —Espere, puede que haya una solución. Lo llevamos a mi casa, yo vivo enfrente. Si usted se fía, yo me hago cargo.

EMPLEADO. —Por supuesto que me fío, y no sé como agradeceréselo.

JUAN. —No es nada... Pero me gustaría que me hiciera un favor.

EMPLEADO. —Diga, diga.

JUAN. —Tendría que dejarnos cargar estos sacos dentro del ataúd. Es que como está lloviendo, y es material delicado, no puede mojarse, ¿sabe? El ataúd tiene tapa, ¿verdad?

EMPLEADO. —Pues sí. Es un ataúd reglamentario, de pobre, pero le ponemos tapa y todo.

JUAN. —Pues vamos.

EMPLEADO. —Yo iré delante para descargar el ataúd.

*(Sale. Los dos cargan bolsas)*

JUAN. —¡A ver si los Policías se atreven a registrar un ataúd!

LUIS. —La verdad es que esta vez has tenido una idea estupenda.

EMPLEADO. —*(Desde cajas)* Eh, oigan, ya estamos. ¿Bajan?

JUAN. —Pero tiene que haber un muerto.

LUIS. —¿Y quién será el muerto?

JUAN. —Yo. Y tú un empleado de pompas fúnebres.

*(Salen. Oscuro y cambio de escena. Se abre el telón: las dos mujeres en casa)*

MARGARITA. —Hay que ver cómo eres, Antonia. Tenemos un muerto en casa, y tú pensando en el traslado de la pasta y el arroz.

ANTONIA. —Son los últimos viajes, y además, ¿qué podemos hacer? Si está muerto, está muerto, y si está vivo, verás cómo dentro de poco despierta, y se va de rodillas en peregrinación al Santuario de Santa Eulalia, y allí se tira al suelo para agradecer la gracia recibida: visión recuperada, salud excelente, aunque ligeramente embarazado...

MARGARITA. —Tú riéte, que ya verás lo que nos espera.

ANTONIA. —Más que lo que nos ha pasado hasta ahora. Imposible. Anda, ayúdame a esconderlo, que como venga alguien...

MARGARITA. —¿Dónde piensas meterlo?

ANTONIA. —En el armario. Lo he visto en las películas policiacas. Los muertos, ya se sabe, siempre en el armario. ¡Es la regla! *(Levantando al BRIGADA)*

MARGARITA. —En ese caso... Uy, cómo pesa. Es realmente un peso muerto.

ANTONIA. —Espera que le metamos una percha por debajo de la chaqueta. Así... Levántalo, que lo colgamos de la barra... ¡Perfecto! Caramba, tiene la barriga tan hinchada que no se cierra la puerta. ¡Empuja! *(Cierran la puerta del armario.)*

MARGARITA. —Mira, ya amanece. Está diluviando.

ANTONIA. —Espera que me ponga las katuskas y coja un paraguas. *(Va a la otra habitación. Se abre la puerta y entra LUIS, que lleva puesto el sombrero del empleado de pompas fúnebres)*

LUIS. —*(En voz muy baja)* ¿No hay nadie? ¿Y el brigada?

MARGARITA. —¿Quién es? Ah, eres tú. ¿Qué haces con esa pinta?

LUIS. —Margarita, amor mío, por fin... ¿Cómo estás? ¿A ver? Pero ¿no tienes tripa? ¿Y el niño, lo has perdido?

MARGARITA. —No, no, tranquilo, que todo ha ido bien.

LUIS. —¿De veras? ¿Y tú, estás bien? Cuéntamelo todo, Margarita.

MARGARITA. —¿Todo?

LUIS. —Todo.

MARGARITA. —Luego. Es mejor que te lo cuente Antonia... Ella te lo contará todo.

EL EMPLEADO. —*(Desde cajas)* Eh, oiga, este ataúd pesa mucho; a ver qué hacemos... ¿Entramos o qué?

LUIS. —Sí, entren, entren... El brigada no está, no hay nadie. *(En ese momento se abre la puerta del armario y se ve al BRIGADA colgando de la percha. MARGARITA cierra rápidamente)* Anda, Juan, ya puedes salir. *(MARGARITA corre a la otra habitación)*

JUAN. —*(Sale del ataúd)* ¿Han vuelto las dos?

MARGARITA. —*(Desde la otra habitación)* Antonia, Antonia, sal, date prisa.

VOZ DE ANTONIA. —Pero qué ocurre... ¿Es que no se puede ni hacer pis en paz?

LUIS. —Sí, sí, todo ha ido bien.

JUAN. —¿Y ahora qué le contamos a Antonia?

LUIS. —Tengo una idea. Escondemos los sacos debajo de la cama, y metemos el ataúd de pie en el armario.

JUAN. —De acuerdo. Vigila (*Sacan los sacos del ataúd y los van metiendo debajo de la cama*)

MARGARITA. —(*Desde el dormitorio*) Pero Antonia, ¿quieres darte prisa? Tengo que decirte una cosa.

ANTONIA. —Ya voy, Ya voy... Me estoy vistiendo... ¡Se me cae todo!

JUAN. —Voy a empujar los sacos más hacia adentro.

LUIS. —Espera... Mira lo que ha pasado. De tanto empujar, se han salido por el otro lado. (*Se inclina a mirar*) ¡Madre mía, cuánto material! En el ataúd no parecía tanto. Ahora hay como el doble.

JUAN. —Claro, si miras boca abajo todo te parece más grande. Se llama el efecto Reagan. (*Mientras meten el ataúd en el armario*)

LUIS. —¿Qué es eso del efecto Reagan?

JUAN. —Lo emplean los indios americanos. Cuando no tienen nada que comer, se colocan boca abajo y se imaginan comida, refrescos... y comen, beben...; se lo ha enseñado Reagan.

LUIS. —¿Y se les quita el hambre?

JUAN. —No, pero ellos creen que comen y son felices. Anda, empuja. (*Han metido al BRIGADA dentro del ataúd*)

LUIS. —Ah, claro, se conforman con la sugestión, ¿no?

JUAN. —Eso es... (*Intenta cerrar el armario*)

LUIS. —¿Sabes que después de estar boca abajo a mí también me ha dado la sugestión?

JUAN. —Ya me lo has dicho.

LUIS. —No, otra. Me ha parecido ver al brigada dentro del armario.

JUAN. —¿El brigada? (*Abre el armario*) Que no te vuelva a ver yo boca abajo... Esas tonterías déjalas para los indios. Vaya, no consigo cerrarlo.

(*Empuja inútilmente la puerta del armario*)

MARGARITA. —(*Desde dentro*) Antonia, yo estoy harta. Te espero ahí fuera, y peor para tí.

JUAN. —Mira a ver lo que hacen, que yo no me puedo mover. (*Luis abre y entra MARGARITA*)

MARGARITA. —Gracias, muy amable. Hola, Juan.

JUAN. —Hola. Me ha dicho Luis que ha ido todo muy bien. Entonces, ¿ese niño ha nacido o no?

ANTONIA. —(*Entra como una flecha*) ¿Se puede saber qué tenías que decirme con tanta urgencia? (*Se queda paralizada*) Ah, habéis vuelto... ¡Menos mal!

JUAN. —Antonia..., ¡esa tripa! ¿Te has hecho el trasplante?

ANTONIA. —Bueno, en fin, un poco...

JUAN. —¿Cómo que un poco?

ANTONIA. —Bueno, ha sido una cosa, cómo te diría...

JUAN. —¿Te han hecho la cesárea?

ANTONIA. —Sí, pero pequeña...

JUAN. —¿Cómo que pequeña?

ANTONIA. —Bueno, en fin... Una cosa normal.

LUIS. —¿A tí también te la han hecho?

MARGARITA. —Bueno, es decir no sé... Antonia, ¿me la han hecho?

LUIS. —¿Por qué se lo preguntas a ella? ¿Es que tú no lo sabes?

ANTONIA. —Pues no, porque la durmieron ¿Y cómo iba a enterarse, si estaba dormida?

JUAN. —¿Es que a tí te la han hecho despierta?

ANTONIA. —¡Ya está bien! ¿A qué viene este interrogatorio de tercer grado? (*Todos a turno corren a cerrar la puerta del armario, que se abre continuamente. De pronto se abren también las puertas del aparador y las de la casa, en un carrusel absurdo*)

ANTONIA. —Desgraciado, mira si pregunta cómo estamos... Y pensar que nosotras, para no preocuparos, nos hemos levantado de la cama como dos imbéciles, que los médicos no querían. Además, tú siempre dices que cuando un compañero —o compañera— nos necesita, hay que ser solidarios.

JUAN. —Tienes razón, perdona... Has hecho muy bien.

LUIS. —Gracias, Antonia, por lo que has hecho; eres una buena mujer.

JUAN. —¡Sí que lo eres!

LUIS. —Margarita, díselo tú también, anda.

MARGARITA. —Antonia, eres realmente una buena mujer.

ANTONIA. —Ya está bien, vais a hacerme llorar.

JUAN. —Anda, siéntate, no estés de pie... (*La hace sentarse en la cama*) Que con la cesárea, ya se sabe... Tenías que haberte quedado en el hospital un poco más.

ANTONIA. —Si estoy estupendamente... ¡Ni me he dado cuenta!

JUAN. —Desde luego, tienes muy buena cara, Qué tripón tan hermoso tiene mi Antonia. (*La acaricia el vientre.*) Oye, si parece que se mueve...

LUIS. —Antonía, ¿me dejas tocar a mi también?

MARGARITA. —¡Tú no tocas nada!

LUIS. —¡Oye, que también es hijo mío!

JUAN. —Claro, ahora somos parientes prematuros.

MARGARITA. —¿Y yo, no cuento nada? Todos los cumplidos para Antonia. ¿Y yo, qué?

ANTONIA. —Tiene razón, decidle algo también a ella... Vamos, quitaos de encima que tengo que salir. (*Se levanta y va hacia la puerta*)

JUAN. —(*Le cierra el camino*) ¿Estás loca? Tú no te mueves de aquí. Te acuestas enseguida, bien calentita... Mira, vamos a acercar la cama al radiador.

LUIS. —Pero oye, quieto, ¿qué haces? (*Corren todos*) ¡Insensato!

JUAN. —Tenéis razón, es peligroso... Están las bombonas... (*Lleva a ANTONIA otra vez a la cama. Ella se queda como paralizada*)

ANTONIA. —¿Qué es esa tapadera negra?

JUAN. —¿Cuál?

ANTONIA. —Ésta. (*Señala la tapa del ataúd*)

JUAN. —Ah, ésta. No es una tapadera. Es una cuna. La compró Luis en cuanto supo lo del niño; empezó: la cuna, la cuna... Es moderna, ¿ves?, se cuelga del techo, y luego se balancea.

ANTONIA. —¿Tan larga?

JUAN. —Ya sabes cómo crecen los niños... Además, en su familia son muy altos... Era una ocasión. (*Antonía se echa en la cama, poco convencida. Se asoma a la puerta un viejo: es el actor de siempre, maquillado*)

VIEJO. —¿Se puede? ¿Molesto?

JUAN. —Papá, qué sorpresa; pasa, pasa.

ANTONIA. —Hola, papá.

JUAN. —¿Conoces a mis amigos? Es mi padre.

VIEJO. —Mucho gusto.

LUIS. —Caramba, otro parecido... Juan, ¿no te has dado cuenta de que tu padre...?

JUAN. —No hagas caso. Mi padre está algo gagá.

VIEJO. —No empieces, que no estoy gagá. (*A MARGARITA*) Cómo está mi Antonia; qué bien te encuentro; si estás más joven...

JUAN. —Papá, que no es Antonía... Antonia es esa, la de la cama.

VIEJO. —¿Ah sí? ¿Y qué haces en la cama, es que estás enferma?

JUAN. —No, es que espera un hijo.

VIEJO. —Ah ya... ¿Y a dónde ha ido? No te preocupes Antonia, ya verás como vuelve. (*Mira a LUIS como si lo viera por primera vez*) Ah, ahí está... ¿Ves cómo ha vuelto? Si ya está hecho un hombre... Pero no deberías hacer esperar a tu mamá.

JUAN. —Papá, es un amigo.

VIEJO. —¡Muy bien! Hay que ser amigo de los hijos. Por desgracia tengo que decirles que he venido a avisaros de que os van a echar de casa.

JUAN. —¿Quién?

VIEJO. —El propietario del edificio. Por error han enviado la carta de desahucio a mi casa, Aquí está. Dice que lleváis cuatro meses sin pagar la renta. Toma, lee.

JUAN. —Pero qué dices; te equivocas, trae, enséñame. Antonia ha pagado religiosamente todos los meses, ¿verdad Antonia?

ANTONIA. —Bueno, religiosamente... Pero sí, sí, claro.

VIEJO. —De todos modos os van a desahuciar a todos los vecinos, porque hace meses que no paga nadie, y los pocos que pagan sólo ingresan la mitad de la renta.

JUAN. —¿Quién te lo ha dicho?

VIEJO. —El comisario que está ejecutando el desahucio piso por piso, muy buena persona... (*Se oye un griterío mezclado con órdenes*)

LUIS. —(*Se asoma a la ventana*) ¡Mirad, vaya despliegue de policía!

JUAN. —Es verdad, qué barbaridad, si parece la guerra. Mira qué de camiones.

VIEJO. —Seguro que es para llevarse los muebles y todo lo demás. Todo gratis. (*El vocerío aumenta; se oye también llanto de mujeres y niños y más órdenes*)



JUAN. —¡Eh, pero esta carta de desahucio es realmente para nosotros, Antonia! ¿Qué significa esto? ¡Habla!

ANTONIA. —No grites, que asustas al niño.

JUAN. —Perdona. (*En voz baja*) Aquí dice que llevamos cuatro meses sin pagar. Antonia, contesta. ¿Me quieres explicar?

ANTONIA. —Está bien. Sí, es verdad que llevo cuatro meses sin pagar la renta, y tampoco la luz, ni el gas... Así que nos los han cortado.

JUAN. —¿Que nos han cortado la luz y el gas? Pero ¿por qué no has pagado?

ANTONIA. —Porque con lo que ganamos entre los dos apenas me llega para darte mal de comer e ir tirando.

MARGARITA. —Luis, tengo que decirte una cosa. Yo tampoco he pagado la renta.

LUIS. —¡Pues qué bien!

ANTONIA. —Lo ves, somos unas pobres desgraciadas... Y también todas las demás que viven en esta casa, y en la otra... Todas.

JUAN. —Es increíble. Pero ¿por qué no me has dicho que no te llegaba el dinero?

ANTONIA. —¿Y qué ibas a hacer, robar?

JUAN. —No, claro... Pero en fin...

ANTONIA. —Pero, en fin, hubieras empezado a gritar que soy una desgraciada; a decirme: ¿en qué hora me habré casado contigo?

LUIS. —¿Y tú, has pagado por lo menos la luz y el gas?

MARGARITA. —¡Sí, sí, la luz y el gas, sí!

LUIS. —¡Menos mal!

JUAN. —Vamos, no llores, que le sentará mal al niño.

VIEJO. —No os preocupéis, que todo se arreglará. Ahora que recuerdo, yo había venido a traeros unas cosas que he encontrado esta mañana en la caseta. Seguro que es todo vuestro.

LUIS. —Pero ¿qué es esto? ¿Mantequilla, harina, salsa de tomate!

ANTONIA. —Yo no tengo nada que ver.

JUAN. —No, papá, no es nuestro.

VIEJO. —¡Sí que es vuestro, que yo he visto a Antonia saliendo de la caseta esta mañana!

ANTONIA. —Está bien. Sí, es comida que he comprado ayer rebajada.

JUAN. —¿En el supermercado?

ANTONIA. —Sí, pero sólo pagué la mitad; el resto lo robé.

JUAN. —¿Te has puesto a robar?

ANTONIA. —Pues sí.

LUIS. —¿Y tú, Margarita?

MARGARITA. —También.

ANTONIA. —No, no es verdad, está mintiendo. Ella no tiene nada que ver, sólo me ha ayudado. (*Entran dos policías.*)

POLICIA 1º. —¿Se puede? ¿Familia Bardi?... ¿Es aquí?

POLICIA 2º. —Aquí está la orden de desahucio. Estén listos dentro de media hora. Volveremos a echarles una mano. (*Salen*)

JUAN. —Gracias, muy amables, (*Reacciona.*) ¡Pero qué dicen esos sinvergüenzas! ¡Ahora me van a oír!

LUIS. —Cálmate, Juan. Es mejor que nos calleemos con lo de la comida robada.

JUAN. —Qué tendrá que ver; no me pienso callar... Estamos en la calle, ¿no comprendes? Esta desgraciada... Esta insensata deshonestá...

ANTONIA. —Eso, muy bien... Mejor di esta zorra que te deshonra, que mancilla tu nombre, pobre pero honrado... Que juega hasta con tus sentimientos más delicados de padre... Porque te lo voy a decir, mira: lo del hijo tampoco es verdad, es otro invento. Mira, lo que llevo en la tripa es pasta, y arroz, y azúcar... ¡Comida robada! (*Se la saca con rabia*)

LUIS. —¡Pero cómo...! ¿Y entonces el niño, el trasplante... Margarita?

JUAN. —Esto es demasiado. ¡Yo la mato, la mato!

VIEJO. —Bueno, chicos, como ya os he dado los recados, me despido. Y ya sabéis, ánimo y buena cara. ¡Hasta la vista! (*Sale*) (*Sigue aumentando el griterío de fuera. Mujeres y hombres gritan; se oyen sirenas de policía*)

JUAN. —Mentirosa, deshonestá. (*Luis le sujeta*) Suéltame...

ANTONIA. —Sí, suéltale... Deja que me mate. Yo también estoy harta de esta mierda de vida, ¡y más que tú! Pero sobre todo estoy harta de ti y de tus discursos de moralina... Que si el sentido de la responsabilidad, que si el espíritu de sacrificio de la clase obrera... ¿Y quién es esa clase obrera? Somos nosotros, ¿sabes? Con nuestro cabreo y nuestra miseria; los mismos

de todos esos a los que están echando de sus casas... Míralos... ¡Peor que deportados! (*Sigue aumentando el griterío*) Pero tú no quieres ver cómo están realmente las cosas, ¡tú quieres seguir con los ojos vendados! Tú ya no eres ni comunista... ¡Te has convertido en un sacristán de izquierdas...! ¿Sabes lo que eres? ¡Un gilipollas!

JUAN. —Muy bien; lo que faltaba. Anda, Margarita, que sólo quedas tú. Dime que soy gilipollas. ¡Pues no soy un gilipollas, no señora! Yo veo y comprendo cómo están realmente las cosas, ¡para que te enteres! Me doy cuenta de que la política del Partido es un asco, que no se les puede decir a los patronos: "Oiga usted, perdone, córrase un poquito, déjenos respirar un poco más. Sea usted más amable, más comprensivo, sea humano, sea cristiano, sea demócrata... Sea socialdemócrata, no sé, sea liberal, ¡sea algo!". No, la única forma de razonar con ellos es echándolos a la taza del water, y tirando de la cadena. Y también comprendo que los obreros estén cabreados. Yo también lo estoy. La rabia que llevo en el cuerpo no va contra tí, Antonia, sino contra mí mismo, porque me siento utilizado..., porque el Partido no está aquí, con nosotros, ni ahí, en la calle, con los desahuciados... Y seguro que mañana en el periódico se dirá que somos una pandilla de desalmados...

ANTONIA. —Pero, Juan...: ¿eres tú quien habla así? ¿Te has vuelto loco?

LUIS. —¿Te has dejado convencer por los extremistas, eh?

JUAN. —No, siempre lo he pensado. Sólo que puede que sea verdad lo del complejo de sacristán de izquierdas..., y nunca he tenido el valor de decirlo, y os llevaba la contraria a todos, como un gilipollas. Y ya que estamos, te voy a decir otra cosa, Antonia Yo también he robado, hoy, con Luis. He cogido... Mira debajo de la cama... ¡esos sacos de azúcar y harina!

ANTONIA. —¿Que has robado?

LUIS. —Sí, pero has necesitado el cabreo de saber que nos echan al paro.

JUAN. —No, esa ha sido la última gota. La copa ya estaba llena. Mira. Mira, cuánta, comida... Ahora me funciona el efecto Reagan hasta de pie. (*Se oyen gritos y disparos fuera. LUIS corre a la ventana*)

LUIS. —¡Mirad, las mujeres están sacando sus cosas de los camiones! ¡Y la policía está disparando!

JUAN. —Y esos chicos en los tejados... ¡Están tirando de todo: ladrillos, tejas...!

ANTONIA. —¡Y allí, esa mujer con la escopeta de caza está disparando desde la ventana!

JUAN. —Los policías están disparando... Han cogido a un chico.

MARGARITA. —¡Pero esos tiran en serio, van a matar!

TODOS. —¡Sinvergüenzas! ¡Asesinos!

JUAN. —¡Tirémosles el ataúd a la cabeza!

ANTONIA. —¿El ataúd? ¿Qué ataúd?

JUAN. —Luego te lo explico. (*Corre al armario*)

ANTONIA. —Quieto, Juan. ¡No toques mi armario! (*Pero JUAN ya ha abierto el armario, del que sale el BRIGADA que vuelve en sí*)

JUAN y LUIS. —¡El brigada!

BRIGADA. —¡Ya veo! ¡Ya veo! (*Sale del armario.*) Santa Eulalia me ha perdonado... Me ha concedido la gracia... ¿Y esta tripa? ¡Estoy embarazado! Oh, Santa Eulalia bendita, te doy las gracias también por este milagro... Soy madre... Soy madre... (*Sale*)

JUAN. —Pero ¿qué es esto? ¿Un carabinero embarazado? ¡¡Antonia!! ¿Me quieres explicar?

ANTONIA. —Pues verás, Juan. Iba yo al supermercado, cuando...

## TELÓN